



Dib. URIBE.—Madrid.

— Mira, Lolita, si pienso quedarme soltero es por gusto.
— ¿Por gusto... de quién?



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al
✎ rostro su tersura y lozanía ✎

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Bases para el concurso de mayo.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:
1.º Un billete de lotería para el primer sorteo del próximo agosto.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Tres décimos para el mismo sorteo que los anteriores.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 8 de junio, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro

apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de mayo insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los primeros números de junio se publicarán

las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de mayo.

CURIOSIDADES MATEMÁTICAS

por P. LAHOZ

Brujerías de los números, rarezas, adivinaciones, ingeniosidades.

PRECIO: DOS PESETAS
Librerías y bibliotecas estaciones



**SOMBREROS
BRAVE**
6 · MONTERA · 6

1. — Un gran santo.

JESÚS

PARA EL FOOT-BALL

2. — Hembra de poco seso.

101

DRO 5A GA

3. — Charada de tocador.

— ¿Qué te dijo dos-dos, Luisito?

— Que me diese un paseo por el *prima*.

— ¿Pero con la tres-dos de Venecia enlutada?

— ¡No, hombre! Para vigilar la *prima-tres* del bosque.

— ¿Y para eso te diste hasta *todo*? ¡Qué presumido!

4. — Dibujante.

NENE

NO 109 TA

5. — Escultórico.

AS se mantuvo firme.

IS logró sostenerse.

OS cubierto como un pino.

US ni siquiera vacila.

ES vino a tierra.

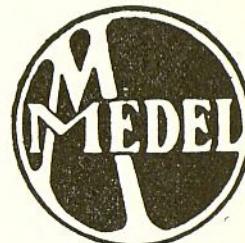
NOTA

6. — Dolencia.

HORTALIZA

1

FRUTA—100 0



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO



AMADOR
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

CUPÓN

correspondiente al número 127

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

BUEN HUMOR se vende en París en el kiosco 1.º del bulevar de la Magdalena (frente al número 27)

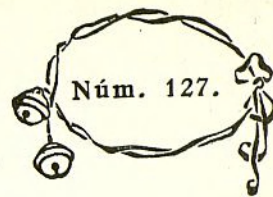
¿Sujeta usted
su reloj con una ca-
dena para que no se
caiga? Pues también
debe evitar la caída
del cabello, usando
con constancia el



PETRÓLEO GAL

Frasco, 2,50
en toda España.

Perfumeria Gal



PALIKES DE SOCIEDAD

LA MUJER EN LA PERFUMERÍA



RESUELTOS a reflejar en unos cuantos artículos el gusto que las mujeres demuestran al hacer sus compras, y analizada ya la psicología femenina frente al mostrador del joyero, estudiémosla hoy en casa del perfumista, donde es más complicada de lo que algunos creen, como todos pueden comprobar, si se toman la dulce molestia de seguir leyendo.

¿Quién diría que la mujer española, tan sensible a todas las cordialidades patrióticas, tan suya y tan nuestra — en el sentido recto de la metáfora —, siente un profundo desdén hacia los perfumes de fabricación nacional, y una predilección casi exclusiva por los de origen extranjero? ¿Es que en España no sabemos preparar perfumes? No; no es eso. Es, pensando piadosamente, que no acertamos a denominarlos a satisfacción de nuestras damas.

Porque ha de saberse que la mujer española, que es mucho más romántica que doña Inés en la escena del sofá, busca siempre los títulos rimbombantes y poéticos para los objetos de su tocador, y hay que reconocer que en ese sentido los extranjeros — y de modo muy especial los franceses — pueden dar lecciones al mismísimo Gustavo Adolfo Bécquer. En efecto, ¿a qué perfumista español podrían ocurrírsele denominaciones tan dulcísimas como *Parlez-lui de moi, Après l'ondée, L'heure bleu, En fermant les yeux, Premier oui* y *Fleur qui meurt*, o epígrafes tan exquisitos como *Le mouchoir de monsieur, Me voici y Le cœur de Jeanette*... Y no es que pongan los rótulos solamente en su idioma. También los ponen

en español, pero mayor oprobio nuestro. ¡Y qué rótulos tan expresivos, tan delicados, tan sutiles! «Sola mía», «El balcón», «Mimosa», «La feria», «La corrida», «Mi nena», «Gregoria»... Este último, sobre todo, es de una originalidad, de una gentileza, de una gallardía, de una apostura, de una gracia y de una seducción que lo hacen irresistible. ¿Cómo no han de preferirlo nuestras elegantes a esos perfumes nuestros bautizados a la pata la llana con los nombres de «Flores del Campo», «Heno de Pravia» y «Aromas de la tierra», que huelen a zoología y a agricultura que no hay por donde cogerlos?

Necesario es, también, convenir en

que dentro de cada mujer existe siempre una ególatra. La que no se cree la más guapa, se considera la más culta, la más airosa, la más elegante o la más gentil. La que no está convencida de que su pelo es el más bonito, juraría que lo son sus ojos, sus labios, sus dientes, sus manos o sus pies. Siempre encuentran algo que a ellas mismas les enamora, y persuadidas de que la verdadera distinción consiste en la superioridad patente de uno cualquiera de sus méritos, procuran por todos los procedimientos hacerlo resaltar. ¿Han visto ustedes cosa más insignificante, más menguada, más deleznable, al parecer, que los ríccillos de la nuca? Pues hay

dama que tiene peinecillos para ondularlos, fijadores para sujetarlos, lociones para esmaltarlos, y creo que hasta poetas para cantarlos. Le basta con creer que esos ríccillos son una preciosidad, digna de un museo, para considerarse obligada a cultivar su belleza, descuidando, por ejemplo, la de la nariz, que, siendo un órgano más ostensible, y desde luego más interesante, aparece negligente y guarnecido de espinillas y berrugas, por no decir otra cosa.

Se explica, pues, que haya mujeres que gasten mucho dinero en polvos, pastas, cremas y espumas de coral para sonrosar los lóbulos de las orejas, y que, simultáneamente, posean liendres en los cabellos, o que inviertan sumas de importancia en elixires, dentífricos, lápices y pinturas para los labios, y exhiban unas uñas tan refinadamente negras como pudiera presentarse en un concurso el primer carbonero de la nación.

Si dos amigas entran juntas en la perfumería a comprar la misma cosa, cada una de ellas preferirá distinta marca, y ambas tratarán de convencerse



Dib. SILENO. — Madrid.

mutuamente de que su gusto es el más refinado. Ya se comprende que ninguna, sin embargo, ha de dar su brazo a torcer, y que, al salir, una y otra se inspirarán profunda lástima... Si lo que fueron a comprar es lo mismo, las dos ponderarán su gusto respectivo, rechazando por inadmisibles el contrario, y al separarse, una vez realizada la compra, una de ellas irá pensando así: «¡Mira que comprar Chipre a estas alturas! ¡Qué cursil! ¡Cómo se conoce que reside en la calle del Empecinado!...» Y mientras, la otra irá discurriendo: «¡Vamos, comprar Piel de España! ¡Qué ordinario! Por supuesto, ¿qué se va a esperar de ella, si ha nacido en Villafranca del Bierzo?...»

A excepción de nuestras aristócratas y de algunas ricas improvisadas, la mujer española no suele gastar mucho en perfumes. Generalmente, compra de lo más arregladito, y si alguna vez adquiere lo de precio elevado, tienen que repicar muy gordo, y lo compra, además, en pequeñísimas cantidades. Y es que las esencias caras, más que para usarlas quien las adquiere, son para hacer regalos. Esos preciosos pebeteros que se ven en algunos escaparates, y esos artísticos frascos a cuyo pie encontramos precios que nos marean por lo fantásticos, sólo se venden en vísperas de bodas de postín o de cambios de ministerio. A menudo, los susodichos frascos, una vez consumida escrupulosamente hasta la última gota de su contenido, se remiten al sitio de procedencia para que los llenen de nuevo — con perfumes muy inferiores, claro —, los envuelvan en seda, piel o cabritilla, los precinten con lazos llamativos y los instalen cuidadosamente en un estuche, para lanzarlos otra vez sus remitentes a la circulación como regalos rigurosamente inéditos. Y suele ocurrir que alguno de estos frascos, lleno, en su punto de partida, de una esencia cara, llegue a su último destino conteniendo una fragancia de anuncio. Y aun se da el caso de que un generoso donante se encuentra con que le es devuelto un regalo que él hizo cuatro meses antes, aunque el reintegro llega por conducto insospechado y con menos autenticidad.

Una nota muy pintoresca y muy frecuente es la de que nuestras mujeres — con las excepciones de rigor —, por ese prurito romántico de comprar productos extranjeros, suelen confundir deplorablemente el nombre de éstos con el de sus fabricantes. La pícara coincidencia de que haya un perfume llamado «Origan» y una casa denominada «Houbigant», les trae de cabeza. ¡Son tan parecidos los nombres! Sobre todo, dichos en francés — como aseguraba formalmente una amiguita mía —. Pues ¿y eso de que los polvos de arroz se llaman de *riz* en Francia? Señora hay de la *mauvais plaisanterie* — de los pijos puestos en limpio, que diríamos en la calle de Toledo —, que entra en la perfume-

ría, y queriendo ponerse a tono con la moda, pide ¡polvos del Hotel Ritz!

Otra nota muy castiza es la de que nuestras mujeres, cuando compran un perfume de flores naturales, prefieren el de violetas. ¡Como si el jazmín, el nardo, la rosa, la magnolia, el heliotropo y el clavel fuesen inodoros, en el sentido fragante de la palabra!

Y, por último, una tercera nota, la más

española quizás, y, desde luego, la más característica, es la de que nuestras damas suelen entrar en la perfumería momentos antes de cerrar. Que es lo mismo que si yo me plantase en casa de alguna lectora en el preciso instante de sacar la sopa a la mesa o de echar el ce-rojo para acostarse.

MARCIANO ZURITA

NUESTROS NOVELISTAS

(PARODIAS, CON ACOTACIONES "MÍAS.")

(«Caballero Audaz»)

TÍTULO: «LA MALMIRADA».

El *cabaret* estaba radiante. Mucha música, mucha luz y mucha alegría. Margot, cocota de postín, fumaba un cigarrillo egipcio, contemplando el humo nasal (esto de nasal lo pone el autor porque le salía de las narices) en un éxtasis *morrocotudo*. Esperaba a César.

Dió la una...

Dieron las dos...

Los autos llegaban sin cesar, y sin César (¡perdón por el retruécano!). El paseo quedó un momento sordido. Al fin, sintió unos pasos.

— ¡Es él! — pensó Margot.

Salió a la puerta... y, ¡oh decepción!... ¡Era una pareja que *cruzaban* el parque. (Sintaxis Audaz.)

(Alvaro Retana.)

TÍTULO: «LAS ODALISCAS FRÍVOLAS».

Sidi-Mojamed, emperador de Budy-Hassany, tenía un hijo guapísimo, de ojos rasgados y pestañas largas, muy largas...

Rubio como el oro, de cabello rizado; un guayabito, en fin, como le llamaban las esclavas del harén. Era el arrebatado, el encanto del país. De aquel país frívolo y ansioso de caricias de aquella beldad; porque crean ustedes que era una beldad...

(Cosa que un servidor no pone en duda. ¿Por qué había de ser mentira que fuese beldad?... Hay que advertir que el autor de esta novela tardó en escribir la *Mil y una noches*.)

(F. Luque.)

TÍTULO: «EL HIJO DE GOYADO».

— ¡Chicha, sall... ¡Sal, Chichal — gritó Ramos un domingo, dando palmas a las puertas del Tupi-Longuita.

Poco tardó en salir Chicha, camarero fenómeno. (Esto de fenómeno lo digo porque andaba siempre con las rodillas en el hombro.)

— ¿Qué intestino se te ha deteriorao?

— ¡Que tu Lina acaba de fugarse con Carlos Más!

— ¡Refuga! ¡Hacerme a mí con Más de menos! ¡Esta aventura le va a salir cara! ¡Por esta cruz!

— Pa eso me decías tú que, tocante a quererte, era un hacha.

— ¿Pero cómo iba yo a decirte que era un hacha Lina, si me ha dejao hasta sin corbata? ¡Una solución, Dios mío! ¡Iluminame!

— ¡Oye!

— ¿Qué?

— ¡Huye!

— ¿Qué huya?

— ¡Huye!

— ¡Pero oye...!

— ¡Huye, que ella...!

— ¿Qué?

— Que ella ha perdido las llaves del cofre y volverá por ellas.

— ¿Las ha perdido? ¡Pues se las ha buscao!

(Luis de Val.)

TÍTULO: «EL HIJO DEL ADULTERIO,

O

LOS OBREROS MÁRTIRES».

— ¡¡Ah! — exclamó el conde, comprendiéndolo todo.

— ¿Eh?... — interrogó el ciego, que no comprendía nada.

— ¡¡Oh! — tercéto la condesa Chakoski, mordiendo las uñas y contemplando un retrato de Felipe el Hermoso.

Al fin, frunciendo el ceño, se encaró con el conde y dijo trémula:

— Conde Nido..., ¡sois un condenado! ¡Ese hijo que apareció abandonado es vuestro!

— ¡¡Mentis!!

— ¡¡Es cierto!!

El ciego estaba como el que ve visiones.

En esto se sintieron unos golpes siniestros: era la obre-

(Continuará en el tomo número 346.)

El parodista,
VICENTE SORIANO

LA EXPLICACIÓN DE UN PARTIDO

Todas las relaciones de Agripino Cascales hacíanse lenguas, continuamente, del buen gusto y elegancia reinantes en la morada de este joven deportista, quien había tenido especial cuidado en llenar su casa de bibelotes, espejos, cuadros, porcelanas y diferentes cachivaches reveladores de refinada exquisitez.

Cascales no siempre había sentido el deporte de una manera francamente apasionada, hasta que los amigos deportistas que con frecuencia acudían a su casa, bebiéndole de paso el coñac y fumándole los cigarros, fueron metiéndole en la canasta, hasta hacer de él un entusiasta del fútbol y obligarle a que no faltase a un solo partido.

Cierto día, sin embargo, no pudo acudir a presenciar un partido de interés extraordinario para los buenos aficionados, y rogó a sus amigos que, tan pronto terminase el juego, tuvieran la bondad de ir por su casa a darle cuenta del resultado y a referirle las incidencias desarrolladas durante el tanteo.

Con la simpatía atrayente de Agripino, no fué de extrañar que los amigos accediesen gustosos a sus deseos y que invadieran la elegante morada de Cascales tan pronto finalizó el partido. Quince o veinte deportistas entusiastas acudieron a un tiempo, llevándole las referencias solicitadas.

- ¡Chico, estupendo!
- ¡Bestial, magnífico!
- ¡Tres a cero! Pero ¡qué tres!
- ¡Y qué cero!

Agripino oía todo lamentando no haber sido espectador y no haber seguido las peripecias de la contienda.

- Contadme, por Dios, cómo ha sido.
- Pues verás: la salida fué así...

Uno de los narradores agarró una preciosa tabaquera de madera, de forma redonda, y colocándola en el suelo, al tiempo que daba la explicación, la largó tan tremendó puntapié, que el proyectil partió veloz y, ¡paf!, fué a estrellarse contra un espejo, haciéndole añicos, lo mismo que a la tabaquera.

— ¡Caray! Chico, perdona; pero es que al explicarte...

— Sigue.

— Este está equivocado — dijo otro de los amigos explicativos —; no fué así, sino de este modo.

Una patada enérgica, aplicada a un taburetito, hizo que éste derrumbara una ligerísima mesa de laca, que vino al suelo con todos los cachivaches de porcelana que contenía, quedando de odos ellos los restos únicamente.

— Tampoco es eso; el balón fué a dar en la portería y, al devolverlo, partió de este modo.

¡Paf! Otro espejo y un servicio de café que se vienen al suelo, y los deportistas espectadores que continúan explicando el partido, mientras los infinitos objetos de la posesión de Agripino continúan

viniéndose al suelo y convirtiéndose en papilla, formándose tal cantidad de pedazos y muebles rotos, que Agripino y sus amigos tuvieron que trasladarse a otro cuarto de la casa para poder seguir la explicación del partido que tanto interés había despertado en Cascales.

El segundo tiempo también fué reñidísimo, y los quince o veinte amigos, explicando y arremetiendo contra todo lo que allí había, convirtieron la habitación en un montón de basura, como para avisar al traperero inmediatamente.

Muebles, espejos, jarrones, floreros, juegos de café, botellas con licores, lámparas y escupideras quedaron reduci-

das a mínimos residuos, cuando uno de ellos exclamó:

— ¡Y, por fin, goal!

— ¡Ah!

— ¿Te has enterado?

— Perfectamente. Ya tengo una idea aproximada de lo que ha sido el partido.

— Bien disputado, ¿eh?

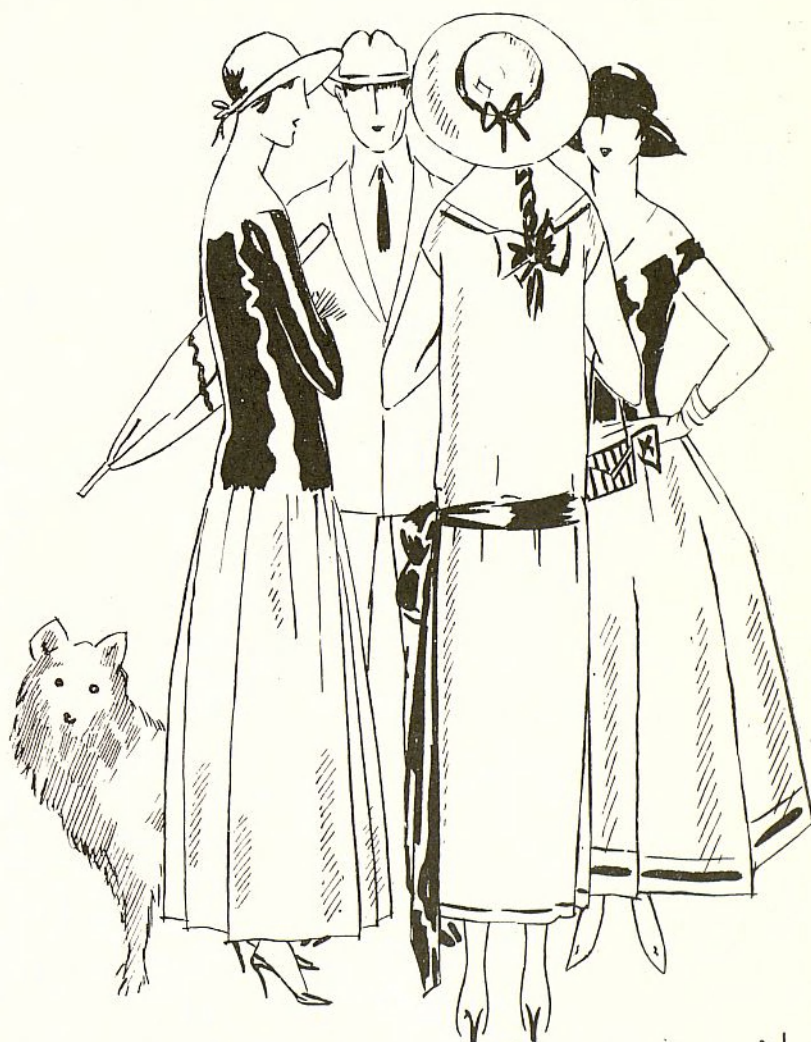
— No lo dudo.

Y al decir esto, Agripino lanzaba una triste mirada a todos los restos que cubrían el suelo.

— El jueves es el desquite. Si no estás en disposición de ir a presenciarlo, vendremos luego aquí a explicártelo.

— ¿Aquí?... ¡No, amigos míos, no! El próximo partido me lo explicáis en un solar!

A. R. BONNAT



Dib. BERNAD. — Madrid.

— ¿Erais muchos en la comida de despedida de soltero de Roberto?

— Verás: él, el primero; Nicolás, segundo; yo, el tercero; Felipe, cuarto; Carlos, quinto; Fernando, sexto; Eduardo, séptimo; los tres hermanos de Pío, diez; los hijos de Alfonso, trece, y Luis, catorce.

EL PRIMER DISGUSTO

Hace solamente dos días que la pareja Adela-Jorge saborea las delicias del matrimonio, y ya reina en sus almas la amargura de un disgusto serio. Los dos permanecen indiferentes en el coquetón gabinetito de su nido ante el servicio de té, que hace pocos minutos ha dejado la doncella sobre una linda mesita japonesa.

Ella, no sabiendo cómo mortificar más a su marido, exclama:

— ¡Eres un desagradecido!

— ¡Adelita, por Dios! ¿Desagradecido, y ves la gran participación que en tu disgusto tomo?... ¡Bien te vales de tener un esposo más blando que el barrol — prosigue Jorge haciendo un puchero.

— Bien, maridito mío, no vayas a llorar. Ya sé que tenías en mucha estima mi regalo; pero me indigna que le hayas perdido.

Efectivamente: la joven esposa sabe que su marido siente la desgracia tanto o más que ella; pero, mujer al fin, no puede reprimir su cólera, y está decidida a llevar la discusión lejos, muy lejos, acaso a la separación, como mujer ofendida por el que la prometió amor eterno dos días antes.

El motivo es que Jorge, el día de la boda, sin darse cuenta, ha perdido el anillo nupcial en la vía pública. Adela no puede ni quiere perdonar semejante distracción, siendo un objeto tal, y más que nada, regalo suyo.

— ¿Qué quieres que haga, Adelita? — dice Jorge —. ¿Crees que no comprendo el enorme disgusto que padeces?

— Lo mismo de siempre. Te figuras que con decir eso se arregla todo.

— Pero, hija mía, sé razonable. ¿Ignoras, acaso, que estoy poniendo los medios necesarios para recuperarle?

— ¡Valiente medio! ¡Un anuncio en los diarios!

— ¿Para qué más? ¿No ofrezco una buena gratificación?

— ¡Qué poco inteligente eres!

— ¿Por qué?

— Por una razón sencillísima. El que se lo encuentre creará que vendiéndolo ha de sacar más dinero, y desistirá de llevárselo a su dueño.

— Pudiera ser... ¡Mañana mismo pondré otro prometiendo una gratificación que represente el doble de su valor!

Al oír esto, Adela, indignada, da un salto de la silla.

— ¿Qué dices? ¿Pero para ti hay dinero que pueda pagarlo?

— ¡Ya lo creo!...

— ¿Cómo...?

— Que ya lo creo que no,

hija mía... Pero ¿por qué te enfadas, mujer? ¿No sabes que yo recibí tu regalo, no como adquirido en una joyería, sino como preciado don de tu cariño?

Pero ya es tarde. Adela se considera gravemente ofendida, y, fuera de sí, habla sin tino, sin dar importancia a sus palabras, ignorando por completo el resultado que pueden traer.

— Si, ¿eh?... Pues si deseo que lo recuperes, no es precisamente por ser regalo mío, sino porque le hizo un muchacho muy fino, muy guapo y que me quería más que tú...

Al oír esto, Jorge, indignado, da un salto de la silla.

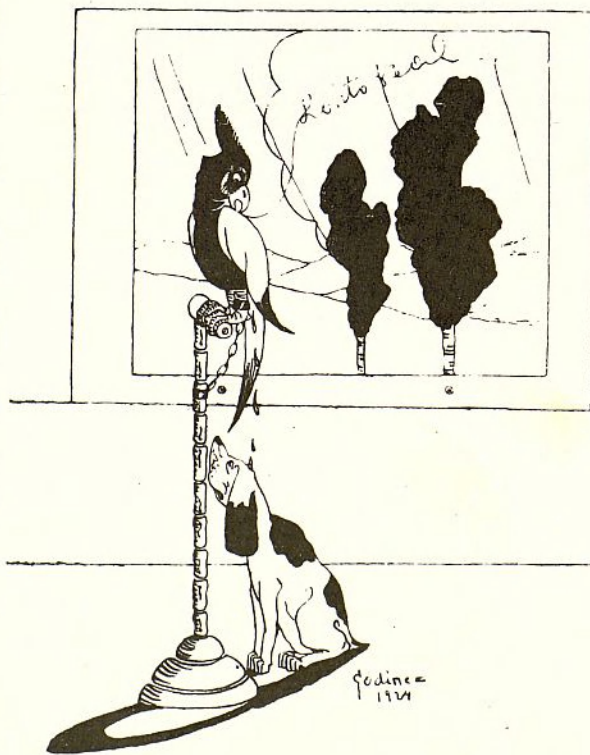
— ¡¡Adelita! — exclama frenético.

Adela, que oye por primera vez en su vida matrimonial semejante grito, cae al suelo sin sentido a causa del susto. Entonces, arrepentido de su torpeza, la recoge, y, azoradísimo, la recuesta en una butaca.

— Oye, Adelita, respira, por Dios; no me asustes; perdóname, pues ahora, ¡tonto de mí!, reconozco que ha sido una broma tuya. Yo no puedo dudar de ti nunca.

En este momento aparece una doncella en la puerta.

— Señorito, un caballero desea hablarle acerca del anuncio que ha puesto en los periódicos.



Dib. GODÍNEZ. — Madrid.

EL PERRO. — ¡Mira, tú: habla, pero no acciones!..

Al oír estas palabras, Adela, que parecía sumida en el más profundo de los desmayos, se incorpora, abre los ojos y ordena con vehemencia:

— Que pase, que pase al momento.

Jorge, que no sale de su asombro por la películesca mejoría de su cónyuge, insiste:

— Si, sí. Que pase ese caballero.

A poco, un hombre, humilde en sus ademanes, entra en la estancia guiado por la doncella. El matrimonio no puede ocultar su regocijo, y, por tanto, le hace el más cariñoso recibimiento.

— Siéntese, caballero, siéntese — dice Jorge.

— Usted vendrá por eso del anillo — interrumpe Adela con ansiedad.

— Efectivamente..., señora..., señorita...

— ¡Oh, qué alegría! Tome usted el té con nosotros.

Adela le llena una taza y le atiborra de galletas.

— Mira, Adelita: tal vez estará algo frío — dice Jorge —, sacando la petaca y ofreciéndole un veguero.

— A mí el té, y sobre todo las galletas, me gustan a todas las temperaturas...

— De modo que usted viene por el anuncio...

— Si, señora..., o señorita...; pero debo advertirles que, siendo un hombre formal, antes de dar cima a una empresa, me gusta enterarme de todo a la perfección.

— Muy justo.

— Así es que comprenderán que, para asegurarme, necesito que ustedes me den algunos detalles característicos del anillo en cuestión. — Y, titubeando, añade: — Y referente... a la... gratificación..., eso...

Adela, sin hacer caso a esta última observación, dice:

— El anillo tiene en su interior dos nombres: Adela y Jorge.

— Y también una fecha en números romanos — añade su marido.

— Y... ¿nada más?...

— Sí, espere usted; un pequeño arañazo en uno de los bordes.

— Bien, bien — asevera el visitante.

— Y como recompensa — dice Jorge haciendo ademán de sacar la cartera —, ahí van quinientas pesetas.

Pero el hombre desconocido le detiene.

— ¡Por Dios, caballero! Mi dignidad ante todo. Buscaba los detalles que me eran precisos, y ya los tengo. Si me encuentro el anillo, pueden contar con él inmediatamente.

MANUEL MEJÍA



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

MARINA, YO PARTO...

ÉL. — ¡Las últimas noches!

ELLA. — ¡Y ya son las diez!

ÉL. — Sí, las diez de últimas...

UN FILÁNTRPO

Hacia ya un momento que la conversación languidecía. El magnífico transatlántico corría velozmente por el mar tranquilo. La noche era oscura.

Acababan de dar las once, y las señoras, recostadas en sillones de mimbre bajo la toldilla de popa, permanecían serias y silenciosas, impresionadas por los relatos de algunos pasajeros distinguidos que habían presenciado aventuras trágicas en distintos puntos del Globo. Hasta los hombres parecían abrumados por la visión de fantasmas lúgubres. En la magnífica calma de la Naturaleza se oía tan sólo el monótono ruido de la hélice del buque.

De pronto, un caballero que aun no había desplegado los labios, dijo:

— Lo único que puedo contar a ustedes es que he envenenado a cinco hombres.

Y con tono efusivo prosiguió:

— Los tres primeros, sobre todo, me

lo agradecieron mucho; me besaron las manos llorando de gratitud.

»Yo era entonces jefe de las prisiones de Libón, y uno de mis reclusos, que había sido condenado a muerte por un crimen horrendo, iba a ser ahorcado dentro de ocho días. ¡Pobre muchacho! Estaba bien arrepentido. ¡Qué angustia tan inmensa le causaba la idea de que le iban a apretar el cuello, un cuello fino y blanco como el de una mujer, hasta ahogarlo! ¿Y quién? ¡El verdugo! ¡Oh! El nunca lo había visto; pero se le representaba de tal modo, que en la fría oscuridad de su calabozo oía yo el temblor de todos sus miembros. Era un espectáculo tristísimo. Sentí una compasión inmensa, y una noche, cuando faltaban cuatro días para la ejecución, le propuse el veneno.

»A la luz de la linterna que llevaba conmigo vi que sus ojos brillaban de alegría: la última que tuvo en este mundo. Quería que se lo diera en seguida; pero, por un sentimiento de conmiseración, le dije que comiera tranquilo pri-

mero, y que volvería con el tóxico al cabo de dos horas.

»Comió descuidado, y bebió una botella de vino, donde, sin advertirlo, había yo vertido cierta dosis de morfina. Me quedé detrás de la puerta esperando el desenlace, ansioso, y antes de que acabara el segundo vaso llegó a mis oídos un rugido gutural y el rumor apagado de un cuerpo que se desploma; entré y lo vi caído hacia atrás, sobre el montón de paja, intensamente pálido, rígido ya. Fué una de las satisfacciones más grandes que he sentido en mi vida.

»Contemplaba el cadáver y me decía, con el orgullo del que acaba de ejecutar una acción noble, que por aquella vez le había dado yo un buen chasco a la muchedumbre, a esa multitud compuesta de todas las clases sociales que acude a las ejecuciones como a una fiesta, curiosa, apasionada, para gozar con la visión del dolor ajeno.

»Como el tiempo pasaba sin darme cuenta, al fin empecé a notar en el rostro del muerto manchas de color azul violeta. Temí que aquel indicio me descubriera, y me alejé sigilosamente.

»El reconocimiento médico demostró la muerte violenta; pero nadie supo quién había proporcionado el veneno.

»Prosiguiendo en mi tarea de robarle víctimas al verdugo, y procurando no ser descubierto, envenené al tercero y cuarto con arsénico, que al exterior no dejó huellas. Iban a ser ahorcados por un crimen que cometieron en común. Los vigilantes los sorprendieron muchas veces buscando el medio de suicidarse. Creo que si hubieran estado juntos, se hubieran matado uno a otro. El más joven llegó a herirse en un brazo, intentando romperse una vena con los dientes. ¡Daba pena verlos!

»Administré a cada uno treinta centigramos de ácido arsenioso. Sufrieron muy poco: algunas convulsiones violentas y vómitos sanguinolentos. Es un gran veneno el arsénico. Se cuenta que lo usaron los Borgias. Se lo recomiendo a ustedes.

»Sin embargo, yo, en los dos últimos casos, por imposibilidad para adquirirlo, tuve que emplear el sulfato de estricnina a la dosis de diez centigramos. Esto me perjudicó mucho, porque como el quinto que envenené presentaba los músculos duros y la cabeza vuelta hacia atrás, se descubrió el veneno, y, aunque nada pudieron probar en contra mía, fui separado del empleo.

»Desde entonces, en siete años, han ejecutado en las prisiones de Libón tres reos. — Y añadió con tono de indignación: — ¡Ah, si yo estuviera allí, no se hubiera verificado ese espectáculo horrendo!

Calló el narrador, y en la noche oscura, sobre el mar tranquilo, el magnífico transatlántico continuaba corriendo velozmente.



Dib. LINAGE. — Madrid.

— ¡Que no, muchas gracias, no bebo!

— ¡Usted ahora mismo se toma un chato, por narices'...

EDUARDO WANGÜEMERT

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

¡EXCEPCIONAL OCASIÓN! SOBERBIO AUTOMÓVIL PACKARD vendo en buen uso.

Tuvo ocho asientos; pero se le dió ricino y quedó muy aliviado. Marcha admirablemente con sólo engancharle dos bueyes en la parte anterior. Si se le enganchan en la posterior, anda hacia atrás. ¡Maravilloso! ¡Nunca vistol! ¡Insustituible para personas que no tengan prisa!

Precio con el *chauffeur*, su señora y los niños inclusive, 700 francos.

Para hablar:
Francos Rodríguez, 7, entresuelo.

Vendo precioso timbre de plata, procedente Luis XV. Se trajo recientemente de Francia. Tiene tornillos para sujetarlo a una mesa, y puede también trasladarse cómodamente de un sitio a otro; es decir, que lo mismo puede ser timbre móvil que fijo. Véalo usted, en la absoluta seguridad de que le hará *tilin*. Condiciones ventajosísimas de pago. — Sevilla. Campana, 12.

El purgante ATROZPINA mueve el vientre mejor que una bayadera. Con dos cápsulas se cura usted en seguida, y con cinco cápsulas puede usted suicidarse fácilmente. No deja rastro. — Inventor: Doctor Malo y Mata, profesor de la Facultad de Colmenar Viejo.

¿Queréis tomar un buen chocolate con un suizo? Pues no tenéis más que convidarme a mí, que soy natural de Berna, y que aceptaré vuestra invitación con mucho gusto. — Guillermo Grunwald. Colegiata, 40.

Bencina para automóviles. Prodigioso resultado. Los coches que han pasado y pasan constantemente por la Mancha con nuestra bencina, la están borrando del mapa sin darse cuenta. — Garage Frutos. Mira el Río (¡pero no te tires!), 45 y 47.

Tomaría en traspaso un restaurante acreditado, aunque preferiría tomar un café, porque estoy muy nervioso y eso me calma. — Señor Toro. Corrida, número 90, Gijón.

RELOJERÍA HAMBURGUESA PARADA, 88

¡Única casa donde los relojes andan por las paredes!

Los relojes de bolsillo que expendemos no se quedan parados aunque les digan que Romanones es un infeliz. Gran surtido en despertadores, con un golpe que a veces hay que ir a la Casa de Socorro. ¡Remesas a provincias, adonde nuestros relojes no se envían por ferrocarril, sino que van ellos andandol

Venta al por menor.
También se alquilan por horas.

Alquilo para salón de baile el local en que estuvo instalada antiguamente la Comisaría de la Audiencia. Caben holgadamente ochenta parejas... y un inspector. Envío, a petición, un plano completo y magnífico, un extraplano, para decirlo mejor y que ustedes se den idea de su bondad. — Segundo Primo, León, 13.

ANTIQUITÉS ANTIGUAS Y MODERNAS

Compro, vendo y cambio. Tengo un solio pontificio, un sillón del Rey de Portugal y una butaca de la Princesa. El solio vale él «solio» cinco mil duros. Lo doy por tres mil. La butaca la doy por lo que me ha costado, porque no quiero ir al teatro a aburrirme, como de costumbre. Gran colección de camafos (hay algunos bonitos), mesillas de noche, vasos de ídem, de brillante historia, que los doy por :- una porquería, etc., etc. :-

Samuel Verdugo. — Cadarso, 7.

Vendo paraguas de seda roja, último y estentóreo grito de París, y paraguas de luto rigurosísimo, reciente creación de la moda. Los rojos se cierran por novísimo procedimiento automático, y los de luto se cierran por defunción. Colores inalterables. Ni el encarnado ni el negro pierden, aunque debo advertir que tampoco ganan. — Visitat EL PARAGUAY, ¡y guay de los que no lo visiten! Aguas, 19, principal.

HOTEL HISPANOMANCHEGO BERGAMÍN, 44, PRINCIPAL (ANTES OSO)

Magníficas habitaciones con balcón y sin él. Calefacción central por medio de braseros colocados en el centro de los cuartos. Watercloset, también central. ¡No hay chinches en invierno! Cocina reputadísima. Especialidad en judías a la bretona. ¡Música durante las comidas!

Se habla inglés, ruso, chino, portugués y todo lo que quieran hablar los señores viajeros, a los cuales se les da la razón en cuanto digan, aunque no tengamos el gusto de entenderlo. ¡Cuando ellos lo dicen, será verdad!

Baños. Luz eléctrica, poca, pero eléctrica. Había ascensor (hace muy pocos días que se ha estropeado).

Si vais a Córdoba, no dejéis de acudir a la taberna LA ANDALUZA. Vinos finísimos. Grandes existencias desde la última inundación del Guadalquivir. Chatos, diez céntimos. *Sáncheztocas*, una peseta. — Balbino Aguado, Gran Capitán, 180, bajo (pero no bajo el vino, aunque me lo pida mi amantísimo padre).

Corro en calzoncillos, calcetines, tirantes y otros. Representante acreditado, corredor con buena vista. Ropa interior, provincias y extranjero. Comisión y sueldo, el que me den. — Santo Tomé (siempre lo que me ofrecieron), 115, segundo.

Vendo sepultura adquirida en la Necrópolis, por tener que marchar al extranjero y ser más que probable que me muera por ahí. Prefiero enfermos crónicos o ancianos valetudinarios. Un preagonizante me encantaría. Facilidad para el pago. Lo admito incluso a plazos, aunque tomando las naturales seguridades para que los plazos expiren mucho antes que el enfermo. — Salud, 29, triplicado. Sr. Vivó.

Camisa de seda, perteneciente a la artista *Chelito*. La vendo al peso. Pesa doce gramos. — Bola, 43.

DIEZ CONSEJOS GRATUITOS PARA LLEGAR A SER UN BUEN LADRÓN

El robo es viejo como el mundo... Y el comercio, también...

¿Qué es robar? Robar es tomar una cosa a otro y guardarla para uno. ¿Qué es comerciar? Comerciar es tomar una cosa a otro y dársela a un tercero, a cambio de la mayor cantidad de dinero posible. Las definiciones no son más, sino de Mirbeau. Allá, pues, Mirbeau con la responsabilidad. Yo me enjabono las manos en este asunto. Lo que sí he afirmado y reafirmo es que el robo es viejo como el mundo; desde que el hombre primitivo tuvo un hacha de sílex, ya se vió obligado a esconderla por la noche, para evitar que durante su sueño se la llevase un amigo de la adolescencia. El robo, en aquellas oscuras edades, era muy sencillo: trastazo en el cráneo al robado, aprehensión del objeto querido y fuga veloz. Hacía de ladrón el que no servía para cosa alguna.

Hoy la vida ha cambiado más que la circulación de vehículos en Madrid, y el ladrón debe ser inteligentísimo. La civilización trajo consigo la Guardia civil, la policía, el gremio de serenos, los guardias urbanos, etc., etc., elementos, en fin, que se oponen al robo y a los ladrones. Pero como el afán de robo persiste en el espíritu del hombre, porque el hombre es el mismo, y como hogañeo, al igual que antaño, hay ladrones, y los habrá siempre, voy a dar unos consejos gratuitos para robar bien, con aseo e higiene y sin gran peligro de perder la libertad. Si algún ladrón los aprovecha y se lucra merced a ellos, le agradeceré que me ceda un 10 por 100 del dinero conseguido, no en concepto de pago, sino de gratificación. Los ladrones deben ser honrados ante todo.

Este es el primer consejo: *sin honradez, no hay robo posible*, porque en caso de complicidad, cuando llega el momento de repartir el dinero robado, es preciso tener la honradez de hacer las partes iguales. Si no se hace así, surge la discusión, y hay muchas probabilidades de que el negocio acabe a palos, en cuyo caso toda la banda es detenida por escándalo, y, una vez en la comisaría, se descubre el pastel de liebre.

Pero, por otra parte, la complicidad no debe buscarse. He aquí el consejo segundo: *las operaciones serán individuales*. ¿Se concibe el extraer una raíz cuadrada en compañía de un amigo? No. El hombre que sabe hacer una cosa por sí solo, no necesita ajena ayuda, a menos que sea de pueblo o se acueste a las ocho menos diez, signo evidente de desequilibrio mental. De la pericia y la serenidad de uno mismo se puede responder; pero no es fácil hacerlo de la

pericia y de la serenidad de tres o cuatro ciudadanos.

Tercer consejo: *de los robos no han de estar enteradas las mujeres*. En casi todos los delitos hay una mujer por medio. Esto suele extrañar al vulgo. Y, sin embargo, nada de extraño tiene, si se considera que en el mundo sólo hay hombres y mujeres, y que el autor de un robo tiene que ser, fatalmente, mujer, hombre u hombre y mujer. El mezclar a una mujer en un delito es grave error que se paga con la cárcel. Razones: las mujeres piensan poco y hablan mucho — lo mismo ocurre con casi todos los hombres, pero eso no le hace —; las mujeres guardan los secretos confiándoselos *en secreto* a una íntima amiga, y además hacen ostentación del dinero robado, comprándose un sombrero *cloche* o una *combinación* de color de malva melancólica.

Cuarto consejo: *antes de robar hay que preparar la fuga*. Esto se le ocurre a un hipopótamo recién nacido, que es el ser más idiota que existe. Pero no suele ocurrírseles a los ladrones, lo que casi prueba que los ladrones son más idiotas que los hipopótamos recién nacidos. Si el lugar de acción elegido para el robo es una casa particular, debe conocerse la casa palmo a palmo y estudiar la salida concienzudamente. Lo importante es el salir, y no el entrar. Es evidente que la bola del número de la Lotería que tenemos en el bolsillo *entra* en el bombo con las demás el día del sorteo. Entra con gran facilidad, rodea-

da de sus compañeras; pero ¡qué difícilmente sale! Esto demuestra rotundamente que entrar es más fácil que salir.

Quinto consejo: *evitar la presencia del robado*. Al penetrar en una casa con ánimo de llevarse hasta el estuco, debe procurarse que no haya nadie dentro. Porque el ladrón puede tener noventa kilos de fuerza; pero eso no es obstáculo para que el dueño de la casa tenga ciento veintiocho, en cuyo caso la fractura del frontal es evidente para el caco.

Sexto consejo: *debe robarse de día*. Casi todos los ladrones roban de noche. ¡Inmensa estupidez! Debe robarse de día, primero, para evitar la agravante de nocturnidad; segundo, porque de día están los portales abiertos; tercero, porque se ahorra uno el gasto de la linterna de bolsillo; cuarto, porque los inquilinos suelen andar fuera; y quinto, porque el sol es siempre higiénico.

Séptimo consejo: *no deben llevarse útiles de robo*. El ladrón irá sin armas, ni ganzúas, ni palanquetas; a lo más llevará en la mano un cucurucho de cacahuetes, que irá comiendo lentamente. Siguiendo este consejo, se evita la agravante de premeditación, y si se descubre el robo puede decirse al comisario que se entró en la casa a dar un paseo a la sombra. Además, nadie sospecha mal de un tipo que va comiendo cacahuetes por la calle. Es probado.

Octavo consejo: *no se deben tracturar los muebles*. Hay que procurar abrir los muebles sin fractura, porque es más elegante; porque el robo tarda más en descubrirse y el plazo de huida se hace más largo; porque a lo mejor se estropea una obra de arte, y porque puede uno clavarle una astilla del mueble roto, lo cual es peligroso para la salud.

Noveno consejo: *debe conocerse la moneda*. Es imprescindible el conocer la moneda, pues es posible que el robo se efectúe en el domicilio de un monedero falso, en cuyo caso la policía atrapa al ladrón en seguida en concepto de estafador al Estado. Y además de ir uno a la cárcel, lleva a la cárcel al monedero en cuestión, lo cual es bochornoso, porque nada hay tan reprochable como estropearle el negocio a un compañero.

Y décimo consejo: *hay que procurar no robar en mi casa*. Primero, porque casi nunca se queda sola; segundo, porque no tengo un céntimo; tercero, porque soy muy bruto y por menos de nada le tiro un pisapapeles al que entra con intenciones de limpiar el domicilio; y cuarto, porque sería terrible desagradecimiento robar al que dicta estos valiosísimos consejos.



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— *Voy a un juicio que hay por escalo. ¡Siempre se aprende algo!*

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

DOÑA CONSIDERACIONES VA A DAR UN PERRO CHICO

Al salir doña Consideraciones de su casa, se le acerca un pobre y le pide «aunque sea un centimito». Un centimito, en estos casos, con diminutivo y todo, quiere decir un perro chico, cuando menos. Doña Consideraciones no da el perro chico; pero la fastidia que le hayan puesto en el trance de negarlo, y tiene por esto un arranque de impaciencia contra el pobre:

— Jesús, ¡qué plaga está!... ¡No se puede andar por la calle!... ¡En ningún país civilizado se da este espectáculo!...

Doña Consideraciones se hace la consideración de que cualquiera que la oyese podría creerla desconsiderada con los pobres, y se apresura a explicar por qué se impacienta con ellos:

— Podían estar tan divinamente en un asilo, y se empeñan en andar rodando por la calle...

Doña Consideraciones se figura que alguien va a decirle: «¿Y por qué no te vas tú, si se está tan divinamente?» Doña Consideraciones tiene escrúpulos y quiere estar en paz consigo misma; pero no quiere, al mismo tiempo, desprenderse de los cuartos. De ahí que se pase la vida en consideraciones y se figure que a cada consideración hay un duendecillo que la lleva la contra y la quiere poner en aprietos. «Yo no voy, porque yo no soy pobre», contesta doña Consideraciones. «Y el pobre, encima de que lo es, ¿va a tenerse que meter en un asilo?», le dice el duende.

— Hijo, ¡qué hacer! — contesta ella —. Nadie tiene la culpa de que el mundo esté así... Siempre tiene que haber pobres y ricos.

— Es evidente — dice el duende —: en el plan de la Creación estaba consignado que usted fuera rentista. Es una ley cósmica el que usted tenga dinero y otros no. Pero ¿no será también otra ley cósmica que usted, que tiene perros chicos, se los dé a los que no los tienen?

Doña Consideraciones comprende que necesita otra disculpa:

— Si fuera a dar una a todos los que piden, ¡no habría fortuna bastantel...

Pero la voz del duendecillo le dice: «Tú prueba a dar a uno, ¡a ver qué pasará!...» La señora siente que no ha quedado bien, y refuerza la posición:

— Hay que mirar ante todo por las obligaciones de uno. ¡Está la vida tan atroz!... ¡Con lo que han subido las cosas!...

— Ahora — le dice el duende — va a tener usted que dar diez, en vez de cinco, ¡con lo que han subido las cosas!...

Doña Consideraciones busca consideraciones de otra clase:

— Estamos nosotros, en comparación, peor que ellos — exclama —. ¡Tenemos muchísimas más necesidades!

— Tiene usted razón — le dice el duende —. Lo que a usted le convenía era cambiar: dar su dinero al pobre y que-

darse usted de pobre de pedir. ¡Entonces vería él lo que es canela!

— Si se repartiera el dinero — contesta la señora —, estaríamos a los dos días en las mismas: unos tendrían dinero, y otros, no...

— Tú suelta el perro chico, y ¡déjate de historias! — dice el duende.

A doña Consideraciones le escuece la idea de que la puedan suponer agarrada, y salta en seguida al encuentro de una suposición semejante.

— ¡Bien sabe Dios que no es por no dar!... ¡Ya sabemos, después de todo, dónde van cinco céntimos!... Es que... se fomenta el vicio de la mendicidad.

Ella daría limosna; pero se ve en la precisión de reprimir su natural caritativo para no fomentar un vicio pernicioso.

— Ese vicio de la mendicidad — le dice el duende — se cura de raíz en cuanto los hombres tienen dinero. Las gentes de bolsillo repleto suelen entregarse a varios vicios; pero el vicio de pedir en la calle no les va, se conoce, porque no lo cultivan nunca. Si quiere, pues, curarlo, no tiene usted más que dar cinco mil duros en vez de cinco céntimos.

— ¡A lo mejor, piden para vino!... — está para exclamar.

Pero este argumento no tranquiliza a la señora; a ella, que tanto le gusta mojar en vino el pan, tiene que parecerle disculpable la aspiración de un prójimo que pretende, a más de comer, beber, a ser posible.

Doña Consideraciones recurre a otra defensa.

— Hay pobres de éstos que tienen debajo de un ladrillo una fortuna...

— Realmente — dice el duende —, sería sorprendente y preciosísimo que resultaran propietarios de las casas de este mundo los pobres de pedir. Pero no; hay procedimientos mejores que ése de po-



Dib. SALVADORES. — Madrid.

— Tome usted, para que se afeite.
— ¿Qué le has dado?
— Una hoja usada de mi Gillette.

ner el dinero debajo de un ladrillo: ponerlos unos encima de otros y alquilar lo de en medio.

Doña Consideraciones cambia la ofensiva.

— Otra, otra es la verdadera pobreza: la que se oculta y no sale a la calle; ésa, ésa es la que hay que buscar...

— Indiscutible — dice el duende. — Incluso al pobre le resultaría preferible que le llevaran el perro chico a domicilio. Entre otras razones, porque eso sería señal de que tenía domicilio. Pero como no siempre tienen los pobres tarjetas para dar parte de casa; como a veces, después de participar el domicilio, se pierden, sin duda, las señas, y como algunos quieren ahorrar a los pudientes el trabajo de buscarlos, y no es cosa de que el donante se gaste en el tranvía treinta céntimos cada vez que quiera dar cinco, recurren algunos a la decisión de salir al encuentro en la calle. De modo que, déjese, doña Consideraciones, de esas ídem, y ¡afloje el perro chico!

— No es por no darles — replica, medio dispuesta ya a ceder —, es que me da rabia lo insistente que se ponen.

— Si viera usted — vuelve a decir el duende — lo insistente que se pone el estómago cuando se empeña en que lo llenen, y lo pesado que se pone el dinero cuando dice a no venir!...

— Son un foco de infección — acaba por exclamar doña Consideraciones, decidida a abrirse paso arremetiendo.

— Sí que lo son; pero... ¡afloje el perro chico, doña Consil — le dice el diablejo con retintín de golfo madrileño.

— Porque, siquiera, lavarse ya podían, ¡que el agua no cuestal!

Quiere, ante todo, la señora, en ofensiva, desacreditar al contrario; pero el diablejo ya se encoge de hombros:

— Sí que podían, sí; pero afloje el perro chico, doña Consil.

— En el fondo nos aborrecen...

— ¡Doña Consil! ¡Afloje el perro chico!

Se abochorna doña Consil... ¡Creerán que ella ha querido, para ahorrarse cinco céntimos, incluso ensañarse contra el pobre? ¿Se figurarán que ella tiene tan malas entrañas? Doña Consil comprende que se le impone, con urgencia, sostener su crédito y su prestigio: si ella se revuelve contra los pobres, lo hace por exceso de corazón.

— ¡Yo no puedo ver tanto pobre, porque se me parte el alma!... ¡Yo no soy de esas personas que pueden ver con calma las desgracias: sufro demasiadol!...

— Pues, ea, doña Consil, afloje el perro chico, y ¡al avío!

— ¡Vaya! — exclama doña Consideraciones por fin —. ¡Que no se diga! Por los cinco céntimos no quede... Al primer pobre que encuentre se los doy...

Sólo que está cerca de su casa, y ya no encuentra pobres... ¡Todo sea por Dios!... ¡Otro día será!... La intención era buena...

MANUEL ABRIL

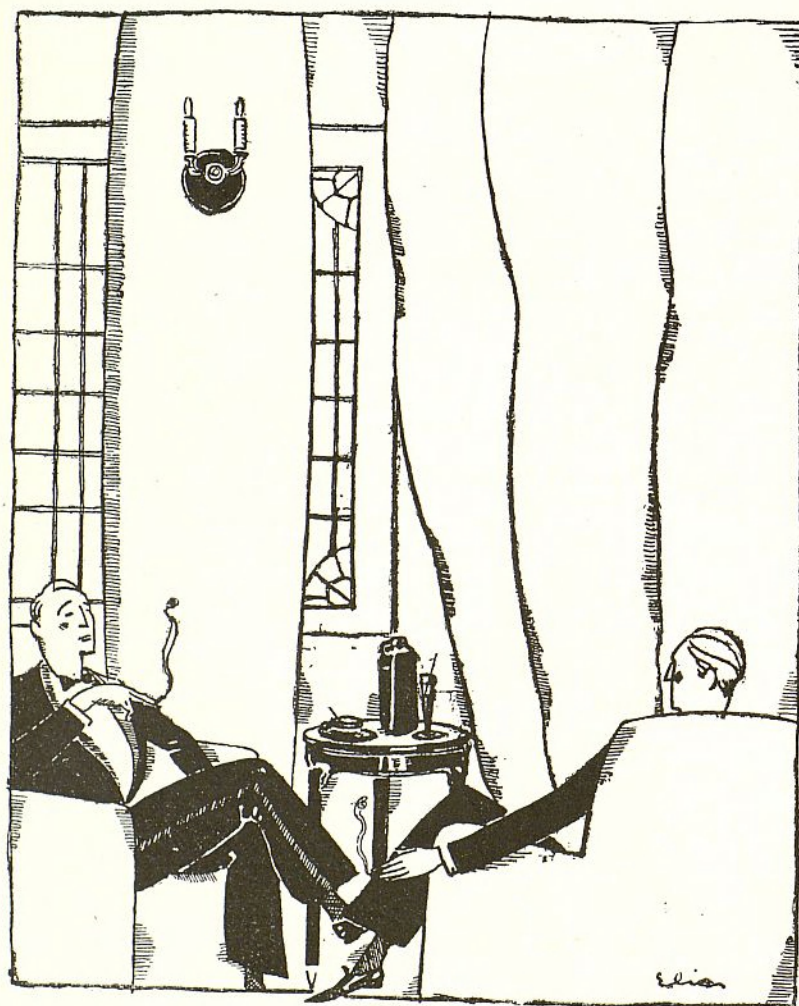
DICCIONARIO DE HOMBRES Y MUJERES ILUSTRES

AVANCE DE UN ENORME LIBRO QUE PIENSA PUBLICAR "BUEN HUMOR"

¡Sí, señores, sí!... Es cierto, es rotundo, es claro, es seguro... No podemos ya retroceder... BUEN HUMOR tiene en proyecto, efectivamente, la magna y ruidosa idea de publicar un monstruoso *Diccionario* de personajes ilustres. Pero como lo más fácil es que aquí tardemos años y aun siglos en empezar la obra en toda su aterradora integridad (porque no tenemos prisa para nada, y bien lo lamentan nuestro sastre, nuestro casero y una porción de etcéteras que no caben en estas columnas, porque las llenarían y se saldrían de ellas), pues me voy a permitir hoy, con la regia venia de ustedes, dar un ligero avance del *Diccionario* en cuestión, con los esca-

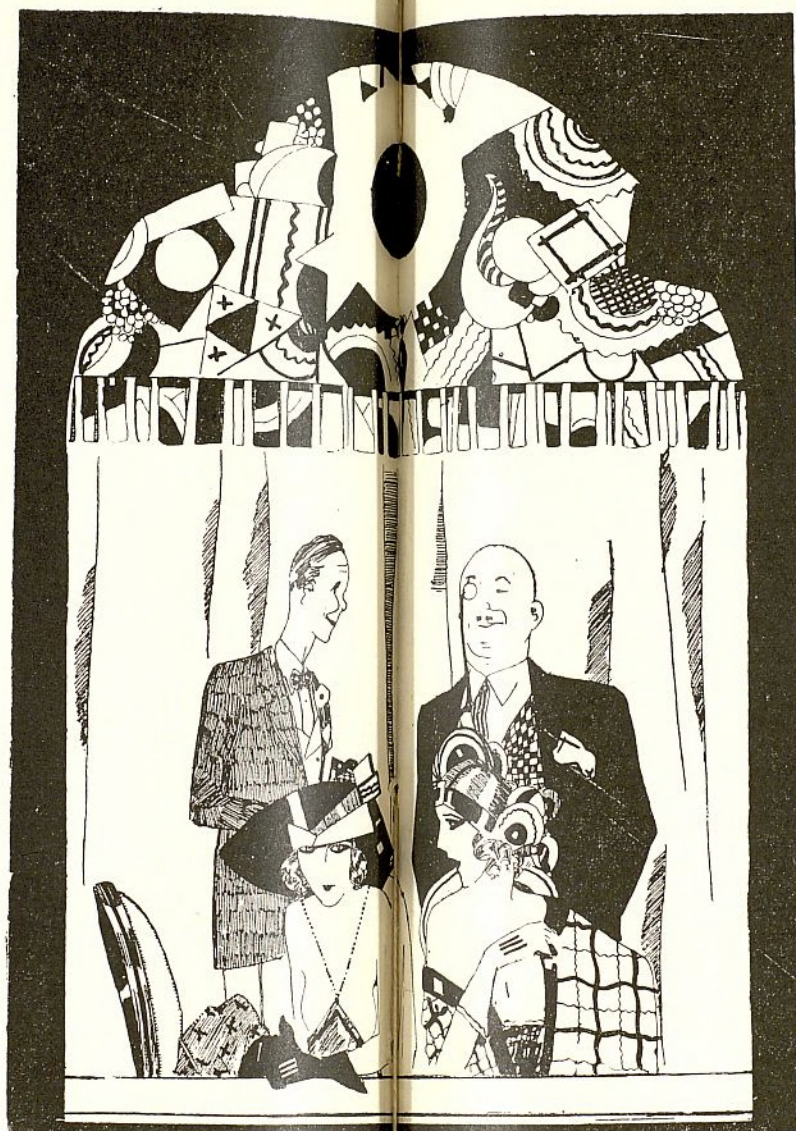
sos apuntes que hasta la fecha hemos tomado. No es mucho lo que ahora podemos ofrecer a nuestros lectores; pero esperamos que ellos reflexionarán que, costando la obra, como costará cuando esté concluida, lo menos doscientas pesetas por tomo, es un estúpido suicidio dar por cuarenta céntimos lo que hoy les vamos a dar..., aunque haciendo constar que no se ha molestado nadie en pedirlo.

Y lo que les vamos a dar a ustedes (aparte de una lata escandalosa y punible), es lo siguiente, que no es más que una pálida, lánguida y anémica muestra de lo que será en su día nuestro *Diccionario de Celebridades*.



Dib. ELÍAS. — Madrid.

— ¿Ganaste ayer en el baccara?
— ¡Por fin, chico! Es el primer dinero ganado con mi propio esfuerzo...



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— Los trajes para esta revista deben haber costado una verdadera tortura.
— ¡Bah!... ¡No lo creas; los de las segundas tiples, por lo menos, no pueden ser más baratos: las hojas de parra reales valen ocho pesetas el ciento!...

A

ALBA (SANTIAGO). — Político vallisoletano, venido a Madrid hace muchos años, venido a menos hace pocos meses y perdido en el piélago inmenso del vacío desde el 13 de septiembre último. Se le deben varias leyes y se le deben unos cuantos luminosos discursos de un liberalismo y de una democracia que da miedo. Esto de que se le deben es un decir, porque él se los ha cobrado con creces. Es hombre rápido en sus decisiones: tan rápido, que un día creyó la gente que estaba en San Sebastián y apareció en Bruselas a los doce minutos, velocidad no superada ni por los aeroplanos ni por los purgantes, que son las dos cosas que hacen andar más a prisa en el mundo.

Ayuntamiento de Madrid

B

BERGAMIN (FRANCISCO). — Popular asusta-señoras, aterra-niños y horripila-militares sin graduación. Ha sido conservador toda su vida, y ha hecho mal, porque no ha debido conservar ni un momento la fisonomía de que disfrutaba. Fué uno de los espectadores que intentaron patear la noche del estreno de *El arte de ser bonita*. En el manicomio de Leganés hay una dama de la buena sociedad que por su causa se volvió loca... de miedo.

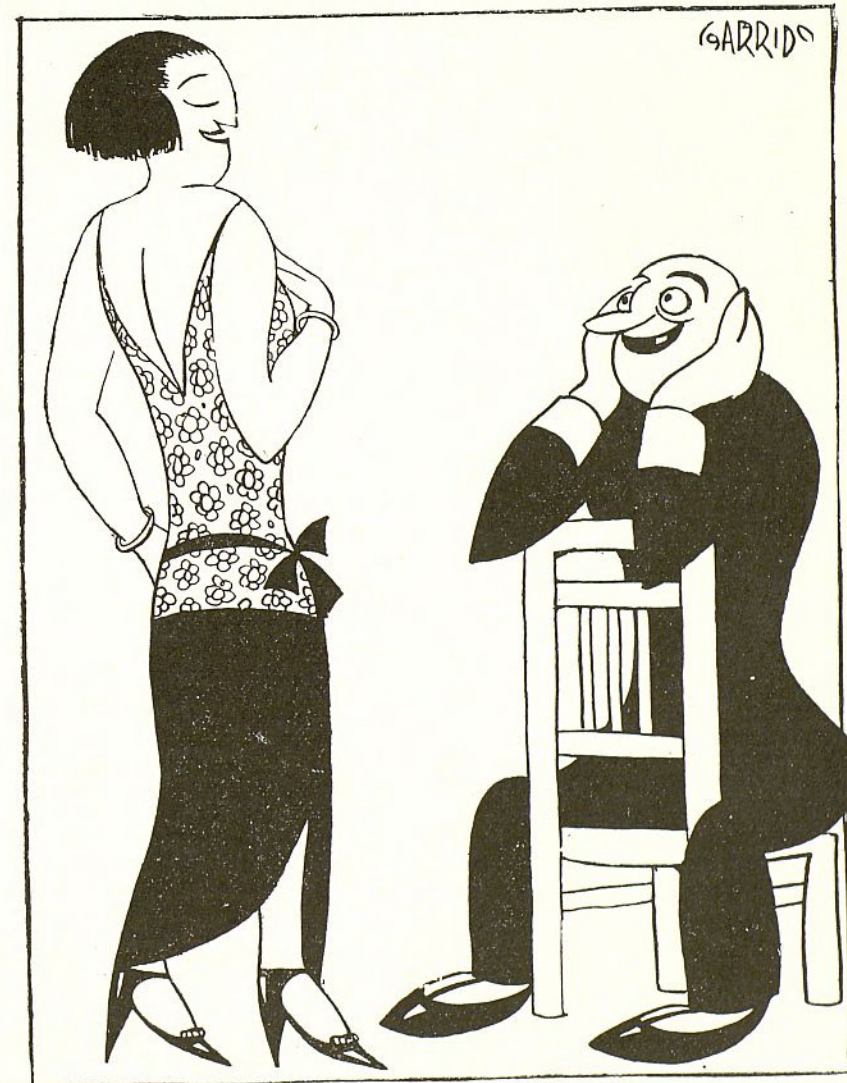
C

CIERVA (JUAN DE LA). — Conspicuo e incansable perturbador del orden público, más conocido por su colección de

pantalones que por su elocuencia, que sólo convence cuando habla por señas. No obstante, hubo una época en que se le consideró como hombre de genio, suponemos que por lo furibundo que se ponía para regañar a las criadas. A éstas, a pesar de los regañíos, no las ha pagado salarios mayores de cincuenta reales, por lo cual todas ellas se han dedicado al cuplé al poco tiempo de estar en su casa, alcanzando en el proscenio éxitos mucho mayores que su señorito en el foro.

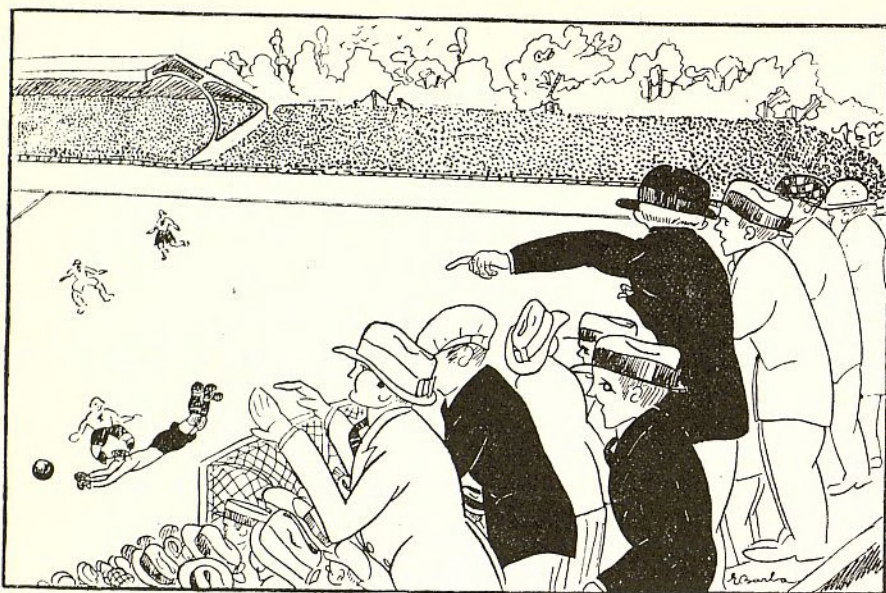
CH

CHICOTE (ENRIQUE). — Prometido de una encantadora actriz, propietario, lector de *La Voz* y de BUEN HUMOR, aventajado alumno de una academia de esgrima y turista. Falsos rumores dicen



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Dice que le cuesta mucho dejarla.
— ¡Pues más le va a costar seguir con ella!...



Dib. BARBA. — Barcelona.

— ¡Es un tío parando: se parece al tranvía de los Cuatro Caminos por Fuencarrall..

que es actor cómico. No lo crean ustedes.

CHICUELO. — Apodo que usa un popular perdonador de la vida de los toros, que siempre que actúa hace que se llenen las plazas. Unas veces se llenan de almohadillas, y otras de naranjas; pero que se llenan siempre, es matemático y fijo, como la luz de nuestro amigo Febo.

D

D'AVIGNY (OLIMPIA). — Anciana canticista, con la cual se ha querido presentar un ejemplo de la transmigración del alma. Hay quien dice que el alma de Olimpia es la misma que le sirvió a Noé (que, como ustedes saben, contaba doscientos años de edad, y su alma, ¡alma mía!, otros tantos). Es seguro que la señora D'Avigny preferiría tener otra; pero no puede escoger a su gusto, porque en los teatros en que ella actúa trabajosamente, hace tiempo que no va un alma.

E

EINSTEIN (FULANO). — Omitimos el nombre de este personaje, porque no lo sabemos fijamente y no le queremos llamar lo que no es, aunque se lo merece. Este tío es el autor de la teoría de la relatividad, teoría que en la práctica no sirve para nada (y en la teoría tampoco). Es alemán, y con su invento parece que ha tratado de convencernos de que todo es relativo: por ejemplo, el valor de los marcos, que posee usted cien

millones, y resulta que todavía debe dinero, y además es usted un tal y un cual por haberse querido lucrar con el sudor de los pobres alemanes.

F

FRANCOS RODRÍGUEZ (JOSÉ). — Último plato de todos los banquetes que se sirven en Madrid, provincias e islas Canarias. Inevitablemente, después del queso o de los pasteles, Francos abre la boca y les da el té a los comensales. Suelen los camareros, aleccionados por él, cerrar todas las puertas del salón para que no puedan evadirse los despa- voridos asistentes al acto, y hay que aguantar el discurso, so pena de ingerir un kilo de estricnina para abreviar el sufrimiento o de confabularse diez o doce para amordazar a Francos, procedimiento que no está admitido (todavía) entre la concurrencia selecta que da brillo a los banquetes donde habla nuestro biografiado. Se ha observado un caso curiosísimo en estos banquetes: en el *menu* jamás ha figurado ese plato succulento llamado *lengua a la catalana*. Informes fidedignos nos aseguran que es por imposición de Francos, que dice que en los banquetes a que él asista, no tolera más lengua que la suya. Y, realmente, basta... ¡Y sobra!

G

GÓMEZ ORTEGA (RAFAEL). — Elegante maestro de toreo, llamado comúnmente

el Gallo, y frecuentemente llamado cosas más feas durante la lidia de sus toros. En la muerte de los mismos se distingue por la premeditación, la alevosía y el ensañamiento, y algunas veces la nocturnidad, porque cuando le toma asco a un bicho, suele ponerse pesado y se acaban las corridas a la hora de cenar. Tiene costumbre de oír misa los días que torea, misa llamada del Gallo por sus amigos íntimos.

GUERRERO (JACINTO). — Autor de *La montería* y de las más tremendas neuralgias que ha padecido España en los últimos cien años. Además de la obra citada, ha escrito otras cuarenta y siete; pero como no las conocen ustedes (ni nadie), no nos molestamos en citarlas. ¡Aparte de que si las citamos y acuden a la cita, nos van a fastidiar redondamente!

H

HOYOS Y VINENT (ANTONIO). — Hombre absurdo, que escribe unos libros atroces, donde figuran mujeres en camisa, banderilleros en mangas de idem, marquesas sin medias y frailes descalzos. La única ropa de sociedad que aparece en sus obras la presenta colgada en perchas, metida en maletas o empuñada en el Monte de Piedad. Puesta sobre sus personajes, nunca. Este hombre, enamorado del arte griego, no concibe más figuras ni otra indumentaria que la de la Venus de Milo y la de D. Valeriano Weyler.

HARO (RAFAELA). — Bulliciosa tiple y actual empresaria del teatro Cómico, por cuya razón los autores que estrenen allí esta temporada tendrán que sufrir dos inevitables molestias: pasar por el aro y pasar por la Haro.

I

IMPERIO (PASTORA). — La primera persona que corrió por el mundo la voz de que *el Gallo* no se arrimaba.

IGLESIAS (EMILIANO). — Terrible revolucionario (cuando está en su casa), y buenísimo señor (cuando sale a la calle), a cuyos reiterados consejos se debe el que Cambó haya aprendido el castellano y Lerroux haya desistido de armar la gorda. Es republicano convencido. Convencido de que en España vendrá la República cuando los rublos estén a la par. ¡O tal vez cuando García Prieto tenga talento, que será un poquito más tarde todavía!

(Se continuará en el número próximo, para que no digan ustedes.)

ERNESTO POLO

BUEN HUMOR se vende en Buenos Aires en la Agencia MANZANERA, Independencia, 856.

UN HOMBRE AHORRATIVO

Lorenzo Ronzales se detuvo ante la cartelera del teatro Olímpico, y al observar que para aquella noche anunciábase el estreno de una obra titulada *Los bandidos*, se aproximó a la taquilla con objeto de interrogar al empleado:

— Oiga, taquillero: la obra que se estrena hoy, ¿es original de Schiller, el gran romántico alemán?

— No, señor. El autor se llama Pérez, y es natural de Cuenca.

— ¿Ha presenciado usted los ensayos de la obra? ¿Cómo la interpretan los artistas de este teatro?

— Bien, maravillosamente bien. Le aseguro que los cómicos del Olímpico hacen *Los bandidos* con tal propiedad, que se sienten ganas de llamar a la Guardia civil...

Tomó, por fin, dos butacas, por las que le cobraron la suma de catorce pesetas, causándole tal hecho indignación enorme; le exasperaba profundamente eso de abonar dinero para poder penetrar en un teatro; le parecía que aquello constituía una *primada*, pues Ronzales no ignoraba que numerosas personas, por contar con la amistad de empresarios, o críticos, o autores, asistían gratuitamente a toda clase de espectáculos. Lorenzo sabía de sobra que los que acudían de balde al teatro formaban legión, plaga; tanta, que en el *argot* de la farándula, al conglomerado formado por los portadores de vales se le daba el significativo nombre de «tifus», para indicar su carácter de epidemia.

Ronzales, hombre de espíritu ahorrativo, ansiaba ser uno de aquellos privilegiados seres. Constituía para él una obsesión el lograr entrar gratuitamente en los teatros; como ya hemos indicado, le dolía en el alma el dinero que abonaba por cualquier localidad. Si pudiera acudir a cualquier espectáculo llevando uno de aquellos codiciados vales, tenía la evidencia de que, al no costarle dinero presenciar la función, encontraría la obra más de su agrado, y todos los intérpretes parecerían unos artistas maravillosos. «¡Oh, qué placer — decía — debe sentir uno al ahorrarse el importe de unas entradas!»

Para él sería venturoso el día en que en sus tarjetas de visita pudiese imprimir en letras muy visibles: *Lorenzo Ronzales, miembro de la Sociedad Valeriana*.



Poco tiempo después fué presentada a Lorenzo Ronzales la primera actriz del teatro Olímpico, Marta Celinda, con la cual empezó a sostener un *flirteo* amoroso, *flirteo* que ha terminado inevitablemente en boda. Lorenzo Ronzales se ha casado con la cómica Marta Celinda hace tres meses.

La primera actriz del teatro Olímpico

ama extraordinariamente las joyas de gran precio, gusta de los automóviles lujosos y viste *toaletas* suntuosas y caras. Lorenzo Ronzales acaba de abonar treinta mil pesetas a una modista; anteayer pagó cien mil a un joyero, y mañana tendrá que satisfacer el importe de un automóvil de nueva marca que su caprichosa esposa acaba de comprar. Además, muy pronto tendrá que desembolsar doscientos mil duros, valor de

un hotel adquirido en la Castellana por antojo de su mujer.

Ronzales se halla henchido de satisfacción, se considera plena y totalmente feliz, ya que, gracias a su matrimonio con una renombrada actriz, ha logrado obtener lo que tanto ansiaba: ahorrarse el importe de los billetes siempre que acude a presenciar cualquier espectáculo. Porque ahora Lorenzo Ronzales, por ser quien es, entra gratuitamente en todos los teatros de Madrid. Y esto, para él, constituye una gran economía.

Luis ESTEBAN



Dib. SOL. — Barcelona.

— ¿Qué te parece este traje egipcio?
— ¡Pues... piramidall...

"PATA" Y SUS DERIVADOS

(CHASCARRILLOS LINGÜÍSTICOS)

Indiscutiblemente, la palabra *pata* es de una *plebeyez* que *desarticula*.

Si a los hombres, por natural evolución, pudiera suprimírseles del *fémur* para abajo, la Humanidad sería perfecta.

Y si no, fijaos bien.

¿Cómo os retratáis la mayor parte de las veces?

Sin que los pies se os vean.

¿Qué parte de la mujer, por lo visible, es la que más desventuras produce, y tras la cual suelen irse los ojos?

La pantorrilla pícara.

¿Por qué vamos siempre hechos *unos traperos*?

Porque debajo del más elegante y rico pantalón, vistamos como vistamos, hay siempre *una rodilla*.

Y esa rodilla, ¿sirve para algo bueno?

Para doblarla ante los becerros de oro, las mujeres livianas y los déspotas. Es decir, ante quien menos se lo merece.

Consecuencia: Que somos *unos primos*.

Y los que se arrodillan ante el Sol, como ocurre en algunos pueblos salvajes, *unos primos alumbraos*.

Me diréis que con los pies se anda.

Y yo os contesto:

¿Hay oficio más vil, más bajo, más pedestre?...?

Pues ¿y los que no tienen cabeza y piensan con los pies?...?

Los pies se deben ocultar como una plaga, como un estigma, como una vergüenza de nuestra pobre humanidad.

¿Os descalzáis cuando estáis en visita? ¿Qué decís del que yerra?

¿Que ha metido la pata.

Y al hombre agreste, sin educación y sin cultura, ¿cómo le llamamos?

Patán.

Durante mucho tiempo recibió el ave del paraíso el sobrenombre de *avis apoda*, porque los árabes, al vendérsela a los europeos, le cortaban los pies.

¿Si los tendría espantosos!

Pues ¿y las japonesas? ¿Habrá alguien que no sepa que una linda *musmé*, primero os enseñará todo su cuerpo que su pie entablillado, martirizado y diminuto?

El pie, que en todo los humanos es deforme por sí, lo es aún más entre ellas.

¿Existe en nuestro físico algo que no acaricie?

Acarician los ojos.

Acarician los labios.

Acarician las manos, maestras de la caricia.

Acarician los hombros cuando se traen mimosillos.

Acarician las espaldas cuando se juntan unas a otras en el ritmo dulzón de algunas agrestes y primitivas danzas.

Acaricia la cabellera, que es manto, y juventud, y corona, y perfume...

Acarician los codos, los doctísimos

codos, que son toque de alarma y signo de atención, y advertencia, y regaño, y hasta símbolo de solidaridad y de afecto. ¡Oh el tan decantado *tacto de codos* de nuestros conspicuos ex políticos!...

¡Todo acaricia, todo! ¡Todo menos el pie!

El *puntapié*, hijo de la *patada* y nieto de la *coz*, es humillante siempre, nos lo den con bota de *becerro*, con bota de *tafilete*, o con bota de *ante*. Que generalmente es *detrás*, y no *ante*.

Otra prueba de que los pies no tienen gracia: ¿cómo le llamamos al soso, al *asauro*, al *esaborio*, como dicen los andaluces?

¿A que le llamamos *patoso*?

Y a la mala suerte, ¿no se le dice *mala pata*?

Y a los niños de doce a quince años, ¿no se les dice que están en la edad del *pato* o la *patarra*?

Y al choque de dos valores iguales o contrarios, ¿no se le llama empate?

¿Cuál es el animal más bobo, más estúpido? La *pata*.

Y quien dice la *pata*, dice el *pato*.

Y cuando éste quiere presumir de razonador y de listo..., ¿a que enferma en seguida? O, lo que es lo mismo, ¿a que se pone *patológico*?

Y me dirán ustedes: «Pues si los pies son cosa despreciable, ¿por qué, al saludar a una mujer, decimos que *estamos a sus pies*?»

Se lo decimos como un colmo de admiración y acatamiento. Vamos, algo así como si dijéramos: «Si será usted respetuosa, que hasta los *piecitos* los tiene lindos.»

Y, sin embargo, en esto de los pies hay excepciones, como en todo.

Cuando nos dan la mano, por ejemplo, gustamos mucho de tomarnos el pie, o viceversa.

Y de los toreros, no hablemos. Por *pies* suelen salvarse siempre.

Y el que tiene un solar, lo quiere con los más *pies* posibles.

Y en una revista como ésta, lo más importante son los pies. Cada dibujo lleva el suyo, y todos van de mano en mano, *en un solo pie, como las grullas*.

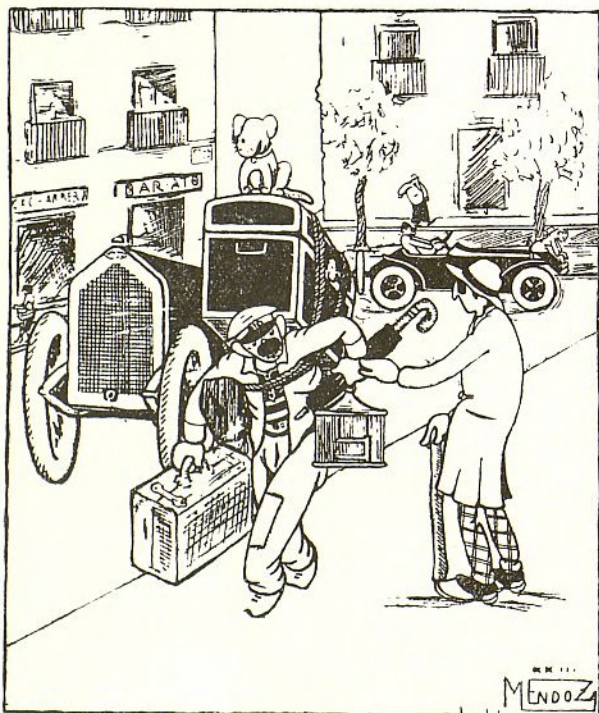
Y cuanto mejores son los pies, más corre la revista.

Y es necesario que estos pies sean gráciles, ligeros, cortos y bien plantados. Y que, a pesar de ser *pies*, no tengan *pata*.

Y lo que, sobre todo, es necesario, es que esta pobre crónicas mia, en que pongo a los *pies de los caballos* los pies de mis congéneres, no os parezca, lectores, que está hecha *con los pies*.

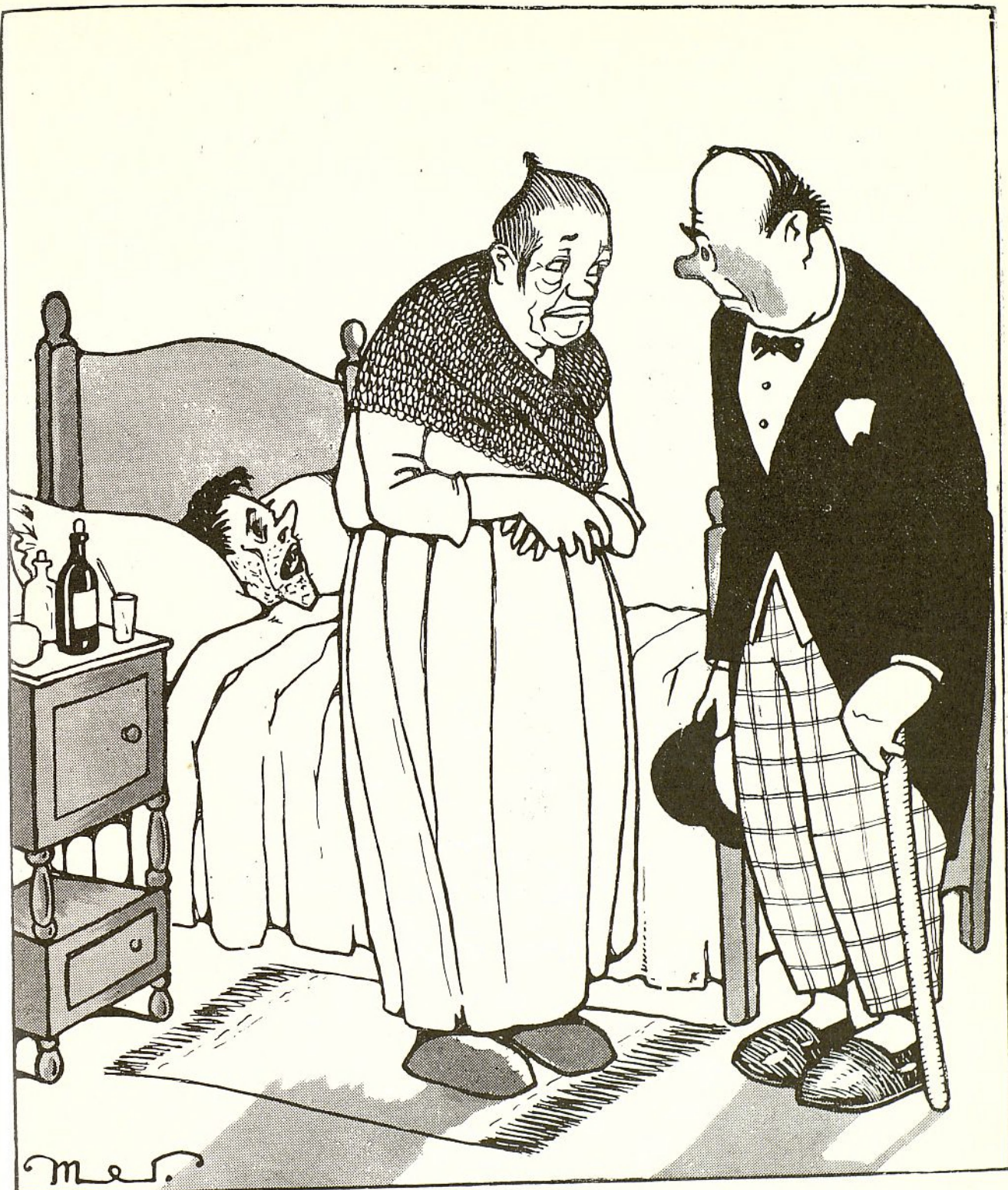
¡Todo menos eso, por Dios! Porque, si *con los pies* razonamos, no tendremos más remedio que *andar de cabeza*, que es lo que nos viene sucediendo, desde tiempo inmemorial, a la mayoría, a la inmensa mayoría de los españoles...

JAVIER DE BURGOS



Dib. MENDOZA
Madrid.

EL CIEGO. — Diga, buen hombre: ¿sería usted tan amable que me diera una mano para poder pasar al otro lado de la calle?...



Dib. MEL. — Madrid.

— ¿De modo que ya está fuera de peligro?
— Aun no... ¡El médico ha quedado en volver todavía! ..

LOS HUMORISTAS POR DENTRO

ERNESTO
POLO

Salimos de la redacción Polo y yo, y, por hacer tiempo, nos metimos en el café de Puerto Rico. (Nosotros somos consecuentes con nuestras ideas, y llevamos nuestras convicciones hispano-americanistas hasta este extremo. Somos así.) Hablamos de mil futesas, y en tonces se nos ocurrió celebrar lo que se llama una interviú con el graciosísimo colaborador de este semanario.

El ambiente empujaba a ello. El café da mucho sabor a todo, y especialmente a estas entrevistas. Naturalmente que no pretendo ahora descubrirnos a Polo. Por dos cosas. Por no hacer la competencia al capitán Amudsen, y porque de Polo habréis oído hablar muchas veces. Y no es cosa de juego, ¿eh?

Nos pusimos en situación, y le preguntamos:

— ¿Es usted, Polo, del Norte?

— ¿Es que lo parezco? Pues no. Ni del Sur... Yo digo que soy de Madrid. Pero no es verdad... Si me guarda el secreto, le digo dónde he nacido.

— Se lo guardo.

— Pues soy del Molar. Allí hay precisamente un balneario contra el humor herpético... ¡Contra el mal humor, vamos!... ¡Quizás por eso le tengo yo tan buenol...

— Ahora nos explicamos por qué escribe usted en festivo siempre...

— Pues no crea. Empecé escribiendo cosas serias y profundas. Filosofía pura. Hice una vez un artículo transcendental, que si lo entiende usted, o hay quien lo entienda, le regalo cinco duros... ¡Pues ahí tiene usted! Un filósofo que lo leyó me dijo que aquello era kantiano. ¡Yo un Kant!... ¡Para morderlo!... Aquel artículo es mi preocupación. ¿Qué quise decir? ¿Qué ideas contendrá aquella prosa extraña? ¿Qué pensaría cuando o escribí? No lo sé. No he podido averiguarlo jamás... ¡Tal vez muera sin saber lo que yo escribí entonces! Esto es horrible. Ni Kant, ni Hegel, que levantarán sus filosóficos cráneos, serían capaces de desentrañármelo... Ahora que, eso sí, fué el más elogiado de todos... Tuve un éxito.

— Entonces comprenderá usted los de Maura (padre) y Sánchez Toca...

— Esos no han llegado a lo que yo... Aquello es piramidal. De una profundidad que no hay quien le vea el fondo... A Maura y a Toca se les puede traducir con buena voluntad... ¡A mí, no!...

— Y de su vida periodística, ¿qué me cuenta usted?

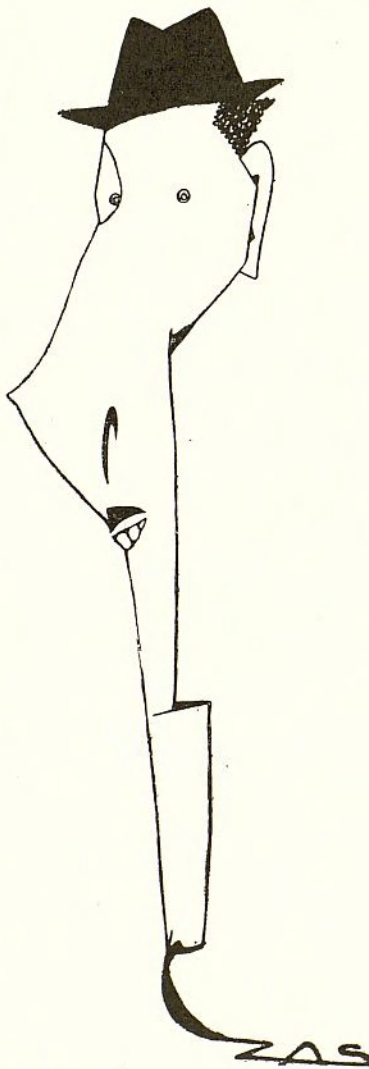
— Que empecé a publicar cosillas en *El Globo*, ya hace bastantes años, cuando todavía no se había inventado el aeroplano. Lo dirigía entonces Francos Rodríguez.

— ¿Y cómo se le ocurrió escribir para el teatro?

— No sé. ¿Ha oído hablar usted de la generación espontánea?

— Algo.

— Pues una cosa así...



— ¿Y cómo se titula la primera obra que estrenó?

— *Tontin y tontina*. Yo creo que el éxito no fué de la obra, sino personal. Tenía diez y nueve años entonces. Y un pelo rizado que partía corazones. La gente aplaudió algo, no mucho, aunque lo suficiente para que yo me atreviese a salir a escena; pero al verme, fué el delirio. Una actriz de la compañía se entusiasmó, y me besó, y todo... ¡Qué rico debía estar!

— ¿Hace mucho tiempo de esto?

— Sí; yo he llegado a esa edad en que el refrán aconseja no humedecerse el abdomen...

— La de Retana, entonces...

— Soy más joven que él...

— ¿Le ha producido mucho la literatura seria?

— Es usted un cándido. ¿Hay en serio quien viva de la literatura? Recuerdo, sin melancolía, mis primeros tiempos. He sido el perpetuo meritorio. Lo contrario de mi labor... En el periodismo, ya se sabe, es lo que pasa. Cuando entré en *El Globo*, lo primero que me dijo Francos fué: «Bueno. Pero aquí, ya sabe. Como meritorio.» Le contesté: «¡Desde luego, D. José! ¿Qué cosas tiene usted! ¡Naturalmente! ¿Pagar? Eso es un absurdo. ¡Soy hijo de familia! Mi papá paga.»

— Una pregunta: ¿por qué ha escrito usted con tantos colaboradores?

— Porque soy de lo más amable que usted se puede imaginar. Soy débil; no hay más que verme. Y jamás he podido resistir la tentación cuando alguien me ha dicho: «¿Quiere que hagamos una obra juntos?» ¡Si soy mujer, estoy perdido! ¡Esto de no saberse uno negar a nada!...

— ¿Con quiénes ha colaborado más?

— Con Ayuso, con Salvador María Granés, con García Álvarez, con Pepe Romeo. Con éste escribí *La cara del ministro*, prodigio literario que ha quedado de repertorio.

— ¿Qué obra le gusta menos?

— *Ni a la ventana te asomes*, esperpento sicalíptico que alcanzó la friolera de 1682 representaciones! No he podido explicarme tanto éxito. Me pasa lo que con el artículo kantiano.

— ¿Cree usted en la eficacia de las colaboraciones?

El ingenioso autor cómico me responde muy serio:

— ¡Le diré!... Creo que no. Porque uno hace lo suyo. El otro, lo de él. Lo del otro, pasa a uno para arreglarlo, y lo de uno pasa al otro para que lo dé un vistazo también... Total: que trabaja uno igual que si hiciera la obra solo y... ¡cobra uno la mitad! Un negocio.

— ¿Qué actriz cómica le gusta a usted más?

— Loreto Prado.

— ¿Y cómicos?

— Ortas.

— ¿Y autor?

— García Álvarez. Son tres figuras que tienen el concepto que yo creo se debe tener de lo cómico, sin mezclas, sin trampa ni cartón, sin nada que lo desnaturalice. ¡Son los tres naturalmen-

te graciosos, definitivamente graciosos! ¿Quién fuera ellos!...

— ¿Recuerda usted alguna anécdota?

— Apenas. Tengo cierto horror a verme en las hojas de los calendarios, adonde van a parar todas... Sin embargo, le diré que, estando representándose *Aprieta, Canalejas*, una noche hubo un escándalo. Ciertos funcionarios públicos creyeron ver ofensas en unas frases sin importancia que decía uno de los personajes, y una noche se citaron en el teatro para patear la obra. Efectivamente. Hubo un lleno. Y al llegar a la escena de las frases en cuestión se armó un escándalo, que debe usted escribirlo con mayúsculas, porque aun así no se darán idea los lectores de la magnitud de la *juerga*... Tuvieron que intervenir hasta los guardias. Por cierto que mi colaborador llegaba al teatro en aquel momento. Al ver tanto guardia por los vestíbulos, en los pasillos, a la puerta, se puso muy contento. Pensó que seguramente habría ido algún ministro a ver la obra. Y entró. Pero al ver el espectáculo y oír que había exigentes

que hasta pedían la cabeza del autor, salió corriendo, porque pensó que con la mía tenían bastante... Y por poco no se deja la suya en una esquina...

— ¿Qué tipo de belleza femenina le gusta más?

— La griega. Las romanas me parece que pesan siempre...

— ¿Y de belleza masculina?

— Diga usted que a Polo le gusta Apolo.

— ¿Se ha batido usted alguna vez?

— He hecho una cosa más importante. He matado un becerro.

— ¡Ole!

— No lo tome a pitorreo. Es en serio. Mucha gente no lo quiere creer. Pero es verdad. Yo también, algunas veces, he llegado a dudarlo; pero es cierto. Lo maté. Puede usted decirlo, que no voy a rectificarle..., ni el becerro tampoco... ¡Sí, sí, lo maté!... ¡Pobre animal!... ¡Algunos remordimientos me ha costado su muerte!...

— ¿Y... lo mató usted bien?

— No nos sujetamos, ni el becerro ni yo..., a los cánones taurómacos. Pero

murió. Bueno; si lo hago bien, no me hubiese dedicado a escribir. Y ahora, en lugar de estar hablando conmigo, estaría usted hablando con *El cocherito del Molar*, pongo por apodo breve...

— La última pregunta. ¿No va más! ¿Por qué en todos sus artículos habla usted, inevitablemente, de la *Chelito*, de Weyler, de Loreto Prado, de Romanones, etc.?

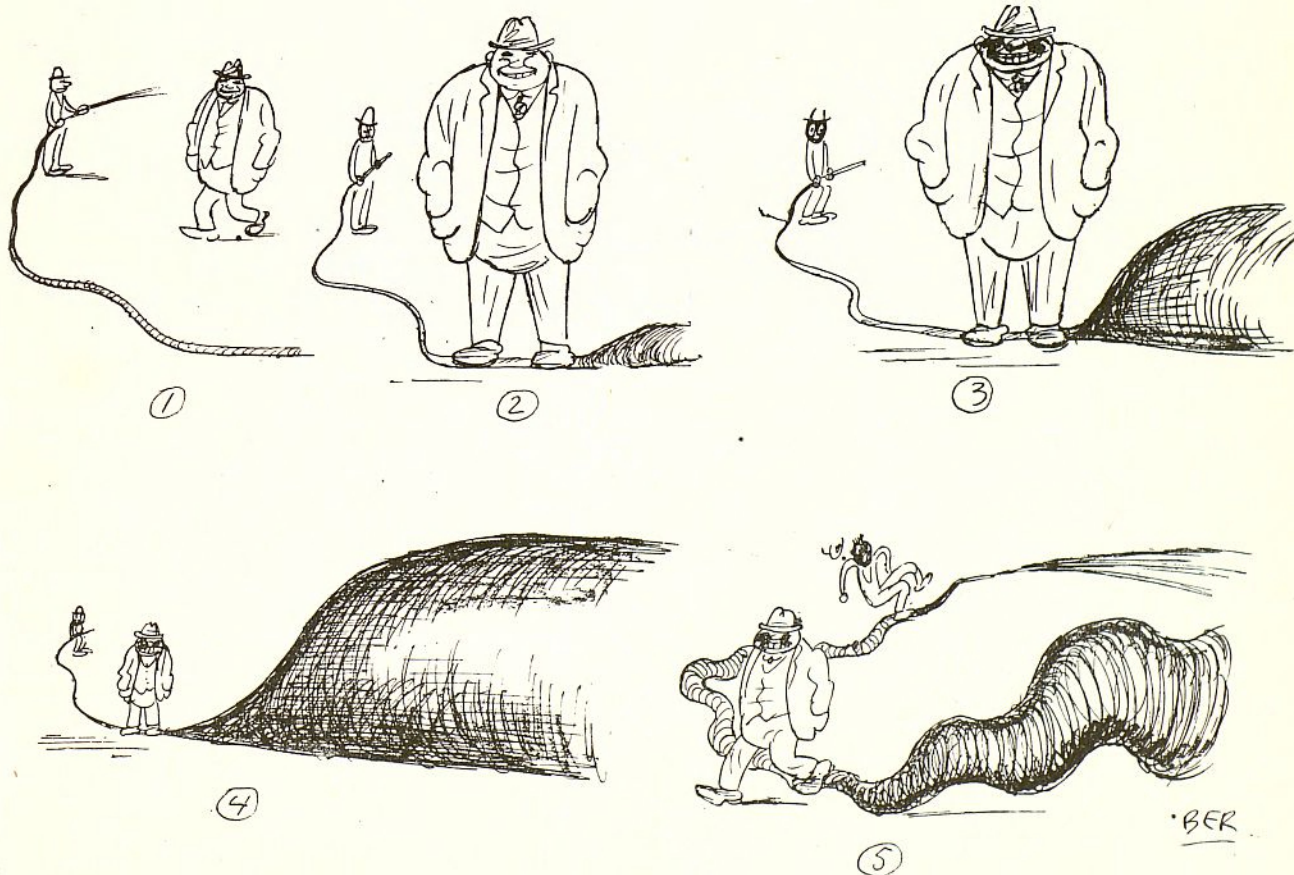
— Por una apuesta. Tengo que aludirlos mil veces a cada uno. Llevo una contabilidad especial. Le advierto que ya estoy acabando. Y lo siento mucho... Porque al terminar, ¿de quién voy a hablar? Me pasa lo que al Directorio. Busco hombres nuevos. ¡Pero no los encuentro!

Lo dijo Polo sonriendo. *La importancia de llamarse Ernesto*, que ha dicho Oscar Wilde, pensamos...

Y en el fondo tiene razón. No hay nada nuevo. Lo dijo no sé quién. *Nil novi sub sole*.

Así, para mayor claridad.

E. ESTÉVEZ ORTEGA



— ¡La manga riega, y aquí no llega!...

Dib. BERGSTROM. — París.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL CASO DEL JOVEN X

Al joven X le ha tocado este año servir al rey. Esto no ha producido gran entusiasmo al joven X, que, sobre todo, lo siente porque tiene la íntima convicción de que él no ha de servir al rey para gran cosa. El joven X es bastante inútil fuera del *poker* y la solución de charadas.

Un día, el joven X recibió de la Tenencia de Alcaldía un llamamiento tan enérgico, que hasta en él se le amenazaba con declararle prófugo si no asistía. La palabra prófugo helaba al joven X, y fué suficiente para hacerle levantarse aquel día más temprano que de costumbre.

En la Tenencia le hicieron descalzarse. Después, le tallaron dos sargentos de Caballería. La talla del joven X arrojó un resultado de 1,700 metros, cantidad que quedó apuntada en unos papeles.

Después, un médico tenía el encargo de medir el pecho al joven X. Ya hemos dicho antes que el joven X dedicaba todo su juvenil entusiasmo al *poker* y a la solución de pasatiempos. Se comprenderá que estas dos actividades no son las más apropiadas para desarrollar las condiciones físicas del joven X. Así hubo de manifestárselo el doctor

cuando acabó de tomar sus medidas. El joven X sólo daba 76 centímetros de perímetro, cuando debía dar 82 si quería ser estimado para servir en el Ejército.

Esto, al principio, molestó un poco al joven X, que se creyó poseer perímetro para eso y para mucho más; pero después, dicho sea sin ofender a nadie, y sólo haciendo honor a la verdad, el joven X se mostró muy complacido de no servir para el Ejército.

Pero su gozo, ese gozo que se manifestaba en el joven X cuando éste se subía a las mesas y prorrumplía en gritos de júbilo, era vano y por demás injustificado.

A cuantos el joven X, entre piruetas de una danza desconocida, manifestaba el resultado de aquellas medidas, se les dibujaba en el semblante una sonrisa de desconfianza, y decían, poco más o menos.

— Ya verás, ya verás en la *mixta*.

Como el joven X creía autorizados los labios que tal decían, llegó a cobrar un miedo atroz a la *mixta*, aquella misteriosa *mixta* que se interponía en la senda de su felicidad.

Y llegó la *mixta*, como todo llega en este mundo.

El joven X volvió a ser conminado,

bajo graves amenazas, para concurrir a las ocho de la mañana para ser observado por la Comisión Mixta.

Ante aquellos vehementes deseos de la susodicha Comisión por pasar un rato en compañía del joven X, éste no creyó oportuno negarse a asistir. El joven X es incapaz de una descortesía.

Estuvo, efectivamente, a las ocho de la mañana en el lugar de la cita. Daban las diez cuando la Comisión se había reunido y reclamaba su presencia.

Volvió a encontrarse el joven X ante una talla. (Una talla, según observación del joven X, tiene gran parecido con una horca.) Junto a la talla había dos sargentos de Caballería. Uno de ellos, el mismo de la otra vez.

El joven X no quiere dudar de los de antes ni de los de después.

El joven X tiene la creencia justificadísima de que estas cosas se hacen seriamente.

Volviéron a tallarle, y esta vez, sin que se haya sabido por qué, el joven X media cuatro centímetros menos.

Todo empezó a darle vueltas. Un médico nuevo le miró fijamente, se fijó en el número de esta talla reciente, y dijo:

— Usted necesita 81 centímetros. Si, los da usted. De sobra.

Estaba tan convencido de ello, que no se detuvo a medir con atención. El joven X creyó inoportuno disuadirle de lo contrario, como hubiera sido su deseo.

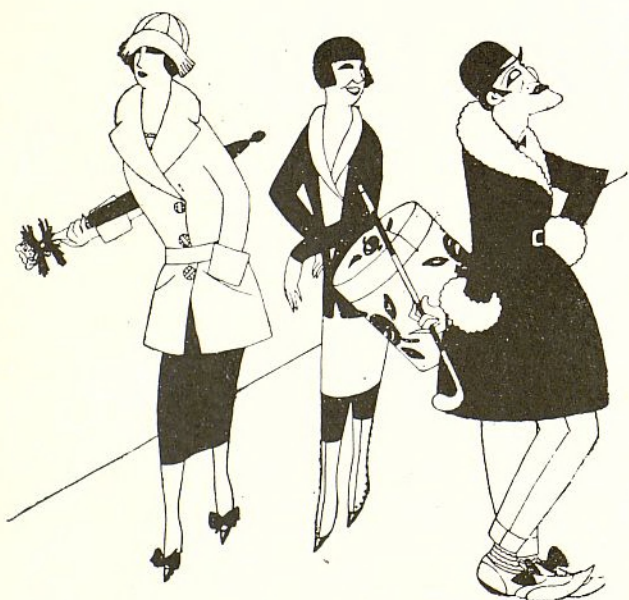
Al poco rato, el joven X se encontraba en la calle. Un mes de diferencia había bastado para que el joven X fuese útil al Ejército. Se había hecho el milagro. Había menguado cuatro centímetros y había ensanchado cinco. Según el joven X, la *mixta* tiene mucho de espejo de la calle del Gato.

No podía explicarse estos cambios el joven X. Profundas cavilaciones le conducían a la puerta de la meningitis.

— Yo no puedo dudar de los sargentos. Cometería un error y una injusticia. Tampoco de los doctores. Tanto uno como otro se han quemado las cejas muchos años estudiando unos libros muy gordos... De la talla ni de la cinta métrica se puede dudar. Su medida es fija. Su metro es exactamente la diezmilésima parte del cuadrante del meridiano terrestre que pasa por París. Sin duda, la culpa de todo esto debo achacarla al cuadrante del meridiano terrestre que pasa por París, que no cumple seriamente su cometido.

Dicho esto, aunque no muy convencido, el joven X se dispuso a servir al rey.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. BILBAO
Madrid.

— ¡Joven, que le llaman a usted!...
— ¿A mí?... ¿El qué?...

LA ODISEA DE UN NOVEL

Hay seres más desgraciados que un sello de Correos, que, por si ustedes no lo sabían, lo es en grado sumo, porque su vida se reduce a que le peguen y lo maten, aunque no dudamos que lo sabían, porque esto es más viejo que la pirámide de Chéren; pero los que baten el Maratón de la humana desgracia son, a nuestro modesto juicio, lo que se ha dado en llamar novel, por no llamarle otra cosa peor, que es casi seguro sería algo lindante con la ofensa personal, familiar y colectiva.

Un novel debe tener buena fe como cualidad o defecto principal, que todavía no se ha definido dónde debe catalogarse tal condición. Si tal tiene, y no le falta tiempo y tiene alguna afición a las letras, a los pinceles o al plúmbeo lápiz, puede, sin temor, entrar a formar parte de la falange de aguerridos almogávares, que, con un valor mayor que el que se precisa para salir a un camino, andan al asalto de las columnas periodísticas, de los escenarios y demás lugares áureos y atrayentes. Reconozcan que llamar áureo a un escenario es una prueba fehaciente de que no le ponemos coto a nuestra calurosa y optimista imaginación.

Los primeros síntomas se notan, corrientemente, hacia los diez y siete años, y aparecen con los primeros granos. Se escribe como primera providencia una novela. El novel que se pone por menos, debe renunciar a entrar en la falange que hemos tenido el honor de mencionar. Luego, una oda, y después un *menu* en verso, para el santo de papá o de mamá. Si dibuja, le hace un dibujo a la novia y lo pega con pastetas en la cabecera de la cama, arrojando impiamente al San Antonio que la devoción familiar había entronizado en tan íntimo lugar.

En la novela hay una protagonista de trenzas rubias y ojos azules que se pasea a la luz de la luna. Un mínimo de seis muertos es inadmisiblemente de todo punto, y entre ellos debe haber un violentísimo suicidio. Es buen indicio que la protagonista resulte más perdida que las colonias, y ello denota que el novel, a pesar de su tierna edad, tiene pasta para ser un novelista a la moderna. El dibujo debe estar copiado, y si es calzado, mucho mejor, de una revista popular, y, a poder ser, francesa. El que tal hace denota una fina intuición de los procedimientos para escalar el pináculo.

Luego..., luego empieza el calvario. El novel compra *El Ganso Semanal*, periódico humorístico, satírico, cómico, bailable, y un día — más le valía hacerse salvatellista — siente la comezón de ver su nombre en aquellas columnas. Y,

sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, escribe una carta, que indefectiblemente principia así:

«Señor director del *Ganso Semanal*.

»Muy señor mío y *distinguido* director: Molesto su atención para suplicarle dé cabida en el periódico de su digna dirección a estas mal pergeñadas *linias* de mi modesto trabajo *titulao* «Qué amigos tienes Benito, o luna de abril.» No dudo, etc., etc...»

El trabajo va dedicado a su novia, que, la pobre se lo sabe de memoria, y el novel compra desde aquel día el periódico con más afán que si de allí dependiera su felicidad y la de su respetable familia. Un día — cuando él ya desespera de la contestación — lee, no sin que se le contraiga el rostro y se le mude la color, una contestación que dice así: «J. R. F. Valdera del Cerdo. — ¿Por qué no se dedica usted a las labores propias de su sexo? Lo que manda es una idiotez mayor que el monumento al soldado desconocido. Lea usted el *Juanito*, y que Dios le ampare.

El novel llora — esto es triste, pero es verdad —; pero si es de buena ley, no cesa. Escribe más. Manda colabora-

ción espontánea hasta al *The Times*. Escribe un drama, luego una astracana, luego un libro de filosofía, luego un estudio sobre la cría y reproducción de la tortuga, luego una parodia del *Tenorio*, luego un vodevil. Hasta que un día, *El Eco de Burgos* le publica unos pareados.

«Oh, Catedral burgalesa.

¿Quién vió jamás una catedral como ésa?

Tu perfil de vampiresa
me recuerda a la Mari Conesa.

Juan Ruiz Feliú.»

Aquel día el novel agota la edición para enviarla a los amigos, parientes y entenados, y redobla sus esfuerzos por un sitio en la Prensa, hasta que se casa.

El noventa y nueve por ciento de los noveles mueren como tales el día de su enlace matrimonial.

No hay uno que acabe bien.

Noveles íntegros de pura cepa, insensibles a todo, quedamos muy pocos, y uno de ellos es un servidor de ustedes.

Pero, eso sí, somos más dignos de lástima que un político de la Restauración. ¡Por éstas, que son cruces!

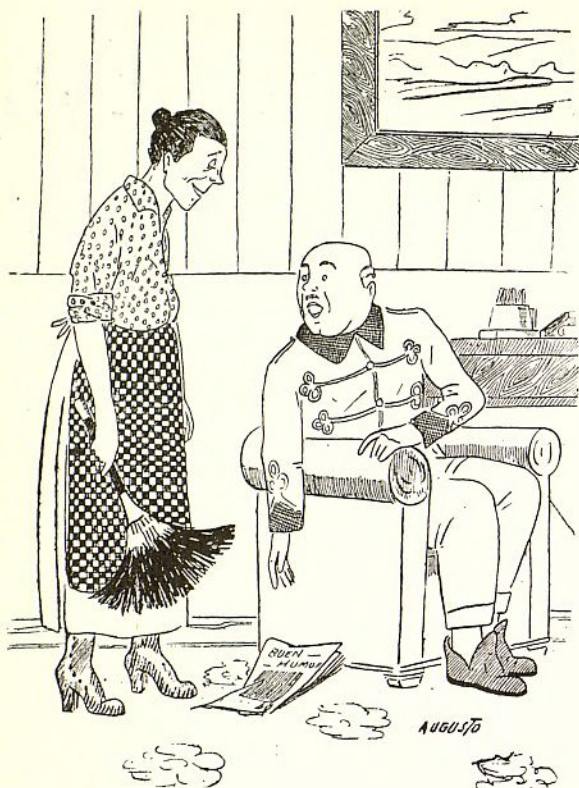
FEDERICO MONTAGUT CASTELLANO

Dib. SILKO
Vigo.



EL QUE LA SIGUE..., LA MATA

ELLA. — ¡Me muero por ese hombre!



Dib. AUGUSTO
Madrid.

— Pues aquí, donde
usted me ve, he cantado
durante mucho tiempo
en el Real.

— ¿Usted?...

— Sí, señor; mientras
fregaba el suelo...

DEL BUEN HUMOR AJENO

**¡CANARIO, PERO NO
TANTO!, por George
Auriol**

Tengo un canario joven, del que sin duda no os disgustará oír hablar, porque es único en su género. Atiende por *Jak*. *Jak* se ha casado — subrayo de intento esta palabra, porque la ceremonia se verificó con arreglo a la ley —; *Jak*, digo, se ha casado en el mes de abril último con una pequeña canaria holandesa llamada *Lina*, avecilla encantadora, muy distinguida, bien educada y, por añadidura, muy buena tiple: una canaria del gran mundo, diría yo, si la expresión no os ofendiese.

Nada de viaje de bodas, como os podréis figurar; pero apenas los jóvenes esposos inauguraron su nido, tapizado de rafia y algodón, cuando el cielo se apresuró a bendecir su enlace.

El cielo — ya se sabe — ha dado siempre pruebas de una solicitud espe-

cial en lo concerniente a los pájaros. El poeta, en su estrofa inmortal, lo hace constar así.

Tres semanas después de la ceremonia nupcial, un huevecillo verdoso, moteado de puntos grises, hizo su aparición en el hogar de mis dos amables volátiles. Pronto siguieron otros tres, a los que Natura, cuidadosa en adaptarse a la ley de los colores complementarios, decoró de idéntica manera.

A partir de aquel día, comprobé que *Jak* y su compañera cantaban más fuerte cada vez que me acercaba a visitarles. Hasta parecía como que se dirigían a mí para decirme algo. Alegres por su próxima paternidad, y celosos, sin duda, de hacerme partícipe de su alegría, se esforzaban concienzudamente en demostrármela.

Al menos, así interpretaba yo sus vehementes manifestaciones.

Una mañana, al penetrar en la habitación que les tenía reservada, asistí a un extraño espectáculo, del que voy a daros cuenta minuciosa.

Los cuatro huevos, señoras y señores, estaban remojándose en la bañera, y confortablemente instalado sobre ella, *Jak* los empollaba arrogante.

«¡Este animal está loco!», pensé, no sin indignación, y me retiré.

Volvi por la tarde, para comprobar si había novedad. ¡¡*Lina* estaba cubriendo el improvisado nido acuático!!

«Bueno — me dije —. ¿Habrán concebido estos dos troneras el descabellado propósito de incubar ranas?»

Con esta idea me fui a acostar un poco desorientado, lo confieso, y al día siguiente, a primera hora, cuando abrí la puerta de la habitación, los cuatro huevos yacían hechos pedazos en el suelo de la jaula.

Jak y *Lina* los pellizcaban frenéticamente a picotazos, porque — ¡caso insólito! — la clara y la yema se habían solidificado.

Intrigado, mandé llamar a mi vecino, el tío Cloche, uno de los más distinguidos ornitólogos del distrito, suplicándole me dijera si entendía alguna cosa de todo esto.

— Querido señor — me respondió con una voz ligeramente gangosa —: cuando los canarios están criando, es preciso darles de comer huevo cocido. Usted no lo ha hecho; sus canarios le han llamado al orden, sin que usted se diera por entendido.

»En vista de ello, el inteligente animal ha realizado algo bien sencillo: ha sumergido los huevos en el baño. Valiéndose de su calor natural, hizo cocer el agua... ¡En una palabra, ha endurecido los huevos para comérselos!

«¡Que esto le sirva de lección para otra vez!»

M. V.

UN GRAN TRIUNFO

Sí, mi adorada Filis,
reina de mis amores,
los ricos **Cafés Gilis**
son hoy los triunfadores.
Su aroma sin segundo,
su sabor excelente,
dióles triunfo rotundo
entre toda la gente.
Los **Cafés Gilis** llegan
a todos los hogares,
y ante ellos ya se entregan
las marcas similares.
¡**Cafés Gilis!** La fama
proclama vuestro nombre,
os prefieren la dama,
los niños y el hombre.

Cafés Gilis Preciados, 24
— duplicado —

BUEN HUMOR se vende en LONDRES en Coin de France, Ltd.

17, Green Street, Leicester Sq.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

El abate X. Madrid.— ¡Ya lo creo que le vamos a publicar a usted su poesía! ¡No faltaba más! ¡Pero que ahora mismo! ¡Allá va, y sea lo que Dios quiera:

«R. I. P.

«¡Pobre cementerio que te han abandonado! ¡No quedan ya ni los «güesos».

drían ustedes que pasar por encima de nuestros cadáveres para que lo dijésemos.

Lista fatídica de los autores de los dibujos que se nos han ido al cesto por su propio pie, sin aguardar a que nosotros les arrojemos en sus horridas profundidades: Dux, Pavito, Lutrio, Tolvilla, Wallace Novarro, Paicloi, Jumas, Black-Ink, Cachito, F. Fuentes, E. Velázquez, Hidráulico, Nomar, Ciga Domingo, Calve, T. Antona, M. Enríquez, Antonio Sotillo, Balenciaga-Arrona, Aquiles, E. Acebal, Gómez Ráez, Jesús Jaques, José Castillo, Aznar Martínez, Diego López, E. Gil, Pipón, Ruiz Holson, M. Rabadán, F. Garcés, P. Palacio, A. Suárez (Tafer-sit) y P. B. (Bilbao). No es que todos los dibujos sean fusilables (aunque hay algunos fusilados); pero da la pícara casualidad de que los pocos que están bien tienen unos chistes como para re-

Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

12.º cuaderno. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, coleccionados por orden alfabético. De verdadera utilidad para el trabajo. Suscripción: año, 12 cuadernos (uno mensual), 25 pesetas, con derecho a lujosas tapas. A plazos: 24 pesetas, nueve de entrada y cinco mensuales hasta completar lo publicado. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, Madrid.

dano que se firma Caliche le pasa todo lo contrario: que los chistes son bastante salerosos, pero los dibujos son de una flojedad que ni dándoles la emulsión Scott tienen arreglo.

Y como todas no han de

*El perfume de su aliento
a cien leguas se percibe.
No me extraña, porque usa
Licor del Polo de Orive.*

ser desdichas en este mundo, tenemos el gusto de participar a los señores Kalé, Amphion y Birria que les hemos aceptado un dibujo a cada ciudadano, y al señor Lagarto (de Alicante) que le

piropos; pero en su lugar oportuno, pues BUEN HUMOR no se publica con el fin de que vayamos todos con flores a María!...

Un solicitador de madrina de guerra. Tres Forcas.— Su artículo, que usted titula «Mis pretenciones», nos sugiere esta leve respuesta: «Si sus «pretenciones» son que lo publiquemos, no podemos acceder a sus «pretenciones».

Mark y Pak, Madrid.— Su cuento corto (tan corto que no es nada) no nos sirve para nada.

Hombre, Deva.— ¡Cómo «hombre»? ¡Bestia... y nos quedamos enanos en el calificativo!...

Gil Fernández, Madrid.— Sencillito, cortito, sosito e ingenuamente versificado. ¡Va al cestito!

F. P. S. Valdepeñas.— Es bastante pesadilla esa serie de sonetos de todos los días de la semana. ¡Pero mire usted que si se le ocurre hacerlos de todos los días del año!... ¡Pues que nos revista usted, sencillamente!

Sérvulo Martínez, Albacete.— El artículo de su amigo, titulado «El caballo de Angel», no se lo podemos aceptar. Dígame, usted que tiene confianza con él, que no le hemos tomado «el caballo» porque nosotros no lo tenemos. Y además, que escribe mucho peor que usted dibuja, cosa sensible, pero no para que se desespera. Conclusión: que siga usted mandándonos dibujos suyos y no se meta a redentor ni a buscador de ingenios ignorados. ¡Es un consejo leal, créanos usted!

J. S. G. Valladolid.— La de usted es la composición número 25.647 que hemos recibido con el título «A Ella». Y le decimos a usted lo que a todos sus colegas: ¡A ella, bueno!... ¡Pero a nosotros no nos cueta usted la poesía!... ¡Y es lástima el tiempo perdido, porque está bastante bien versificada la cosa!



CREMA Polar

Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

porque te los han robado! ¡Qué acto tan macabro ése que han realizado! ¿De quién sería la calavera... la calavera que se han llevado? (vado? (tradol... ¡Pobre, pobre calavera; tu cerebro acaso era de un ingeniero o de un marqués, de un prelado, de un torero, que enterraron con esmero alrededor de un ciprés!...

«Cuando por las tardes (paso muy cerquita del ocazo, reflexiono, pienso y mero... unos chiquillos que cantan y, aunque lo ven, no se espantan. ¡Es para darles un tiro!...»

(Y decimos nosotros: ¡a los chiquillos nada más?...! Además de la «poesía», hay una nota del autor, interesante para los lectores, y que dice así: «Les ruego que el trabajo sea publicado con el pseudónimo «El abate X» hasta que el público desee saber el nombre del autor.» Y volvemos a decir nosotros: ¡qué heroísmo de hombre!

¡Porque si el público lo sabe, no sabemos lo que podría suceder!

Menos mal que, con mucha menos bizarría que el poeta, hemos jurado callarlo, y ten-

negar de haber nacido, cosa lamentable, pero que nosotros no podemos remediar. Esto les sucede al señor Eza (de Madrid), al señor V. Llopis (de León), al señor A. Vázquez (de Jaén), al se-

hemos admitido dos. De todos modos, la proporción es desconsoladora para el arte español, y con dolor en el alma lo reconocemos.

A. Z.— Su cuento en verso, dedicado a María, para sacar

ñor Tauler (de Melilla), al señor Juli (de Sevilla) y al señor Godínez (de Carabanchel), y es una verdadera pena. En cambio, al ciuda-

la liviana consecuencia de que esa señorita es un pedazo de cielo, no «nos hace», aunque reconozcamos que María lo es. ¡Bien están los

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGRONO



Se obtiene hermosura empleando

Crema BELLA AURORA

Garantizada y recomendada por la Facultad de Farmacia de Barcelona.

Grandes premios en 1915, 1919 y 1921

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

Un socio se pasa varias horas de la noche jugando al mus, y al día siguiente va a cumplir el precepto, confesándose. El sacerdote le examina de Doctrina, y pregunta:

—¿Cuántos son los mandamientos de la ley de Dios?
—Cinco...
—¡Cinco más!!
—¡¡Ordago!!!...

Ansolodena. — Madrid.

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

—¿Cuáles son los curas que dicen la misa más a disgusto?
—Los curas castrenses, porque la dicen «a la fuerza»...

Canutito de Madrid.

—¿En qué se parece un guardia analfabeto al número 10 de BUEN HUMOR?
—En que es un «número» atrasado.

Masto. — Madrid.

—¿Cuál es el colmo de la economía?
—Casarse en segundas nupcias con una cuñada, por ahorrarse una suegra.

Pilar Maganto.
San Rafael.

Una señorita recita una poesía pesadísima e interminable, titulada «¡Si yo fuera pájaro!»

Y un individuo que la escuchaba con impaciencia, exclama:

—¡Si yo tuviera una escopeta...!!

Rafael G. García.

—¿En qué se parece el teatro Real al campo?
—En que ninguno de los dos puede vivir sin «abonos».

Rosa Domingo.
Madrid.

—¿Cuál es el empleado de los ferrocarriles más glotón de todos?

—El interventor, porque «muerte» los billetes.

Cilita y Emi.
Alar del Rey.

En una novillada:

—No me gusta ese banderillero, porque «baila» mucho.

—¡Hombre! ¡No tiene nada de particular que baile un peón!

Pedro Vizcaíno. — Melilla.

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono J. 10 59.

—¿Qué obrero es el que ejerce su oficio de peor humor?

—El afilador, porque trabaja «echando chispas».

M. L. P. — Madrid.

—¿Por qué no llevas nunca sombrero, Federico?

—Porque así voy al pelo.

Diego del Campo.

—¿Cuál es el colmo de un guardia?

—Restablecer el orden en una cazuela, cuando se estén «pegando» las judías.

Manolo Porlan. — Tánger.

—¿En qué se parecen las islas Canarias a la Casa de Fieras?

—En que en las Canarias está Unamuno, y en la Casa de Fieras «una...mona».

A. C.

—¿En qué se diferencia un guardia civil de un jamón?

—En que el guardia se puede comer el jamón, y el jamón no se puede comer al guardia.

Un virtuoso.
Cartagena.

—¿Cuál es el colmo de la Compañía Metropolitana?

—Usar el «metro» para las «Ventas».

J. L. de V. — Madrid.

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA, — CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Dos amigos han obtenido un premio de la Lotería, y deciden establecerse en comandita. Uno de ellos propone abrir una taberna.

—¡Conforme! —dice el otro—. Y como vamos a medias, quiere decirse que tú pondrás el vino.

—¿Y tú?

—¡Yo pondré el agua!

Un quinto. — Sevilla.

—¿Cuál es el colmo de un aviador hambriento?
—Dejarse caer desde mil metros para hacerse una tortilla.

Amelina. — Madrid.

Entre la señorita y la niña.

—Es usted demasiado baja de estatura para llevar a mi niña.

—Es verdad; pero así se hará menos daño cuando se me caiga.

L. G. B.

CALZADOS LLORENTE

Carmen, número 25.

Los mejores de Madrid.

A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

—¿Cuál es el santo que más suena?

—San «Son».

Adolfo López.
Albacete.

El colmo de un zapatero: Tener un hijo «cabo».

Antona. — Segovia.

—¿Cuál es el colmo de un yanqui?

—Pasar el Panamá sin meterse en Honduras.

Kilusa. — Gijón.

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72.

Teléfono 48-00.

—¿Cuántos años tiene su niño?

—Año y medio.

—¿Y hace mucho tiempo que anda?

—Tres meses.

—¡Caramba! ¡Pues debe estar ya muy lejos!

Edmundo G. Lage.

El abogado (al ver que el cliente le da cincuenta pesetas). — Dispense, ¡Son cien pesetas!

El cliente. — ¡No, señor, no! ¡Son cincuenta! ¡Mírelo usted bien!

José M. Conde.

El premio del número anterior ha correspondido a **J. C. G., de Sevilla.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Máquina de escribir

UNDERWOOD

La mejor del mundo.

Modelos modernos.

ALCALÁ, 39. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Numero suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grásientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA,

marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinosa. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



GALINDO

CAPERUCITA MODERNA

Dib. GALINDO.—Madrid.

— Me he perdido en el bosque, y lo malo es que por aquí no hay posibilidad de encontrar un teléfono para avisar a casa.

Ayuntamiento de Madrid